

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 949.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Los cañones tomados por la tropa, recobrados por el pueblo y llevados á la alcaldía de Montmartre; grabado. — Episodio histórico: Los hijos de Enrique II. — Los sucesos del 18 de marzo: Fusilamiento de los gene-

rales Lecomte y Clemente Thomas: Construcción de barricadas; grabados. — Revista de Paris. — Poesía: Pensamientos de Young. — Versalles: La sesión del 20 de marzo; grabado. — Escenas de la vida inglesa: El obrero. — Una expedición á San Miguel del Fay, por Vic-

tor Balaguer. — De Paris á Meaux durante el armistio: taberna establecida en Lagny por judios alemanes: Los prusianos embalando muebles; grabados. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Carlos Hugo; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



SUCESOS DEL 18 DE MARZO. — Los cañones tomados por la tropa, recobrados por el pueblo y llevados á la alcaldía de Montmartre.

Episodio histórico.

LOS HIJOS DE ENRIQUE II.

(Continuacion. — Véase el número 948.)

— Soy, respondió turbado, un mensajero de paz, y es mi deber tratar de reconciliar los hombres por cuantos medios lícitos sea posible. Señores, acordaros de Absalon que fué terriblemente castigado por haberse sublevado contra su padre.

— Con que según eso, dijo Enrique, querias que nos despojásemos de lo que nos toca por derecho de nacimiento.

— Dios me libre, respondió el prior, de querer nada que pueda resultar en perjuicio vuestro.

— No comprendéis, dijo el duque de Bretaña con irónica risa, las palabras de mi hermano. Dice que el destino de nuestra familia quiere que mutuamente se aborrezcan los individuos de ella, y que es esta una herencia á la que no renunciará ninguno de nosotros (1).

Una respuesta semejante llenó de consternación al prior; pero como nada podía decir, se puso en marcha al lado de los príncipes para mostrarles el camino, siguiéndoles los demás religiosos en el mismo orden con que habían venido.

Así llegaron al monasterio, y al momento de atravesar el umbral de la gran puerta exterior para entrar en el patio, el prior, conforme al ceremonial establecido, se adelantó algunos pasos, y levantando el crucifijo con la mano derecha, exclamó con voz solemne y sonora:

— *Benedicti qui veniunt in nomine domine!* Príncipes y señores, sed los bienvenidos á este asilo de la paz.

— *Amen!* repitieron mil voces que resonaron por los campos vecinos.

III.

En este instante se abrieron las puertas que estaban al fin del patio, donde habían entrado los príncipes con todo su acompañamiento, y todas las miradas se dirigieron á la inmensa iglesia brillante de luces y majestad, con el magnífico sepulcro del fundador, en medio, alumbrado por cirios. En los lados de la iglesia habían dispuesto una rica gradería en que debían sentarse los que tenían derecho de asistir á tan importante entrevista. Al pié del altar, lleno también de luces, estaba sentado un viejo con los cabellos blancos y contrastando la eminente y dominante posición del asiento con la inquietud que indicaba su rostro. A un lado del asiento del viejo había otros tres de igual altura, el otro estaba un hombre de aspecto sombrío, de pié y con los brazos apoyados, uno en el altar y el otro en su espada. Eran el rey y Ricardo.

Los religiosos se colocaron al rededor del coro, y ningún hombre de armas, excepto los príncipes, penetró en el recinto dispuesto para el congreso. Algunos soldados del prior contenían la multitud que se agolpaba á la puerta.

Luego que el rey vió á sus hijos, se levantó y fué á tomarlos de la mano conduciéndolos delante del altar donde él mismo se arrodilló. Enrique y Godofredo hicieron lo mismo maquinalmente, pero Ricardo permaneció de pié dando á sus dos hermanos una desdenosa mirada. Enrique se levantó de repente y exclamó con altivez:

— ¿Por qué Ricardo no ruega á Dios que le perdone el no haber rendido homenaje á mí que soy su señor y soberano?

— Yo no conozco mas soberano que mi padre y Felipe de Francia, y todo el que quiera tomar tal título es un *felon* impostor.

Ambos pusieron mano á las espadas y resonó un ruido sordo entre los soldados que estaban en el patio. Los caballeros de las comitivas de ambos príncipes se agruparon y con los ojos fijos en sus señores parecían esperar una señal. El rey se lanzó en medio de sus dos hijos y exclamó:

— Deteneos, deteneos por cuanto hay mas sagrado en el mundo. Si no respetais los cabellos blancos de un anciano, la dignidad de un padre ó la majestad de un rey, respetad al menos el sagrado lugar donde os hallais, y el santo cuyo sepulcro vais á profanar.

Después de un instante añadió con las lágrimas en los ojos.

— Hijos míos, cuando os he hecho venir al pié de los altares para poner un término á las funestas divisiones que nos afligen, traéis en lugar de pensamientos de paz las terribles pasiones que causan todos los males. Habéis venido armados con desconfianza y en compañía de esos hombres malvados que siempre encuentro interpuestos entre vosotros y yo, y que señalan con la vista el sitio donde piensan herirme.

Y diciendo esto señalaba al conde de Leicester, que

en una anterior entrevista le había amenazado de darle de puñaladas. Quiso entonces Leicester hablar para justificarse, pero el rey le interrumpió con voz terrible:

— ¡Silencio! ¿quién es el insolente vasallo que se atreve á pronunciar una sola palabra en presencia de sus señores?

Y dirigiéndose á sus hijos prosiguió con tranquila voz y con sencillez.

— ¿Qué teneis que echarme en cara? No os he perdonado muchas faltas y no estoy dispuesto á perdonaros otra vez? ¿Creeis acaso que todas las penas que me habeis causado no han sido bastantes para hacerme aborrecer el mando, y que no bajaria del trono con el mayor gusto para acabar mis dias en el silencio de este augusto recinto? Pero si no podeis vivir unidos existiendo yo, ¿qué será cuando yo no pueda mediar en vuestras querellas?

Los príncipes bajaron la cabeza confusos, y el astuto anciano conoció que había tocado la cuerda sensible.

— Sí, prosiguió con vehemencia: vuestras continuas disensiones son la única razón que me ha impedido entregaros el poder. Me estremezco al pensar que cuando el mas fuerte ó el mas diestro de entre vosotros haya conquistado la parte de sus hermanos en mis extensos estados, irá á regalar mis provincias á Filipo de Francia, á ese rey impío que se halla siempre dispuesto á fomentar la rebelión.

Ricardo levantó entonces la cabeza y dijo con altivez:

— Señor, siempre os he respetado como padre, si no como soberano. Sin embargo, no puedo consentir que se hable así delante de mí de Filipo de Francia, que es el mas sincero y el mas desinteresado de entre mis amigos.

La infernal sonrisa que era propia de Godofredo volvió á aparecer en sus labios, cuando dijo á su hermano con sarcasmo:

— Duque de Guyena, supuesto que os mostrais tan celoso en conservar el honor de Filipo, bien podiais interesaros algo por el de Adelaís de Francia su hermana y vuestra prometida esposa. ¿Sabeis lo que de ella se dice públicamente? Pues es nada menos sino que ha sido confiada al cuidado de vuestro padre hasta que esté en edad de poder casarse con vos... Con respecto á lo demás, podeis informaros de vuestro rey mismo acerca del modo con que cumple su paternal encargo.

Al oír tan terrible acusación, hecha cara á cara y con tono firme, hubo en la reunión un profundo silencio. El rey se puso pálido como la muerte y permaneció inmóvil.

— Mienten los que tal dicen, y vos el primero, duque de Bretaña, dijo Ricardo con atronadora voz.

— Podeis insultarme cuanto gustéis, replicó Godofredo, porque en el campo de batalla probaremos quién tiene la razón; pero respecto á lo que he dicho, aquí teneis la prueba; leed.

Y al decir esto presentaba á Ricardo un pergamino con el sello real de Francia y dirigido al rey.

— ¡Una carta de Filipo! exclamó Ricardo turbado; sí, es de su mano, reconozco las armas. ¿De dónde os viene esto?

— Algunos de mis soldados hallaron al correo que la llevaba á nuestro padre y creyeron conveniente entregármelo. Leedla y vereis qué es lo que se ha hecho con el sagrado depósito de vuestro amigo.

Enrique II estaba tan confundido que ni siquiera pensó en valerse de su autoridad para arrancar la carta de manos de los príncipes y hacer que se la restituyese. Ricardo la leyó con precipitación; sus labios temblaban y los otros dos príncipes dirigían á su padre y á su hermano miradas de triunfo.

— ¡Filipo lo cree! exclamó Ricardo. ¡Francia, Inglaterra y el mundo entero lo creen con él!... No puede ser... Es una infame mentira. Hablad, señor, añadió dirigiéndose á su padre, decir que es falsa tan atroz acusación y protestadlo delante de todos estos caballeros y delante de mí. Porque yo debo vengar la injuria hecha á mi prometida y al rey de Francia mi amigo, y juro por todos los santos que lo haré tan sin piedad como sin remordimiento.

La voz sonora de Ricardo que resonaba en toda la extensión de la iglesia hizo volver en sí al rey, que se levantó y dijo con majestad:

— Damos nuestra real palabra y decimos que todo cuanto se ha dicho de nos y de nuestra querida Adelaís, es falso é inventado por malvados.

Y dicho esto volvió á sentarse como cansado de un gran esfuerzo.

— Eso no basta, dijo el audaz Ricardo: es preciso por vos mismo, por mí, por todos los que nos escuchan, por la Francia, por la Inglaterra y por el mundo entero, que pongais á Dios y al santo patron de esta iglesia por testigos de que es una atroz calumnia lo que se ha dicho.

El rey titubeó algunos instantes, y los ojos de Ricardo se encendieron como un horno.

— Juro, dijo por fin Enrique II, delante de nuestro señor y del piadoso Esteban, fundador de este monasterio, que la princesa Adelaís es digna de ser la mujer de mi querido hijo Ricardo.

Al decir esto casi le faltó la voz. Los príncipes hablaron en voz baja y Bertrand de Born dijo á su señor al oído:

— ¿Cristéis acaso que titubearia en hacer un juramento falso?

Ricardo tomó entonces la palabra y dijo, dirigiéndose á la reunión:

— Declaro que estoy satisfecho en lo relativo á mi ho-

nor y al de mi prometida esposa, con lo que acaba de decir mi augusto padre. En cuanto á los que delante de él y de mí han osado sostener tan infame acusación, mas adelante obtendré que se haga justicia.

— Allá lo veremos, dijo Enrique con desprecio.

En este instante se levantó el rey, apoyándose en el brazo del prior con quien hablaba hacia algunos instantes, y bajó los escalones para retirarse.

— Hijos míos, dijo con dolorido acento, todas vuestras acusaciones y vuestros insultos pesan sobre mi corazón. Os complacéis en acarrearos los unos después de los otros, los mas terribles golpes, y sin embargo no puedo maldeciros. Idos por hoy á descansar y mañana nos reuniremos para pedir á Dios que se digne mirar con misericordia á la desgraciada familia de los Plantagenets.

Disuelta así la asamblea, se preparó el rey á dirigirse á su habitación. Ricardo y sus hermanos se inclinaron ante él por un resto de respeto, y al pasar por junto á Enrique le dijo el rey en voz baja:

— ¿No vendreis, hijo mio, esta noche después de la queda á hablar á solas y en confianza con un padre que tanto os ha amado?

— Iré, señor, dijo Enrique dudando.

El rey se retiró entonces con el duque de Guyena, y los otros príncipes á las habitaciones que se le tenían dispuestas.

— Vamos, dijo entonces Bertrand de Born, la cosa se complica. Aquí tenemos un padre que roba la novia á su hijo, unos hermanos casi parricidas y que están para degollarse los unos á los otros, y por conclusion una noche oscura para ocultar crímenes... Es evidente que tendré bastante materia para escribir tristísimos cantares que amedrenten á la posteridad.

IV.

En aquella misma noche se hallaba el rey solo en su habitación, cuyo aspecto manifestaba la precipitación con que había sido preparada, y que sin embargo daba idea de real magnificencia tal como entonces se usaba. Las esculturas del techo eran de precioso trabajo, las paredes estaban llenas de caprichosos adornos, y grandes cortinas con florones de plata cubrían las ventanas de forma ogival. Los últimos rayos del sol atravesaban los vidrios de colores é iban á dar en un lecho resplandeciente que estaba en un rincón de la cámara, y que parecía un trono.

Enrique II vestido con un balandran forrado de pieles, y sentado en un sitial de madera dorada, en cuyo resplandor, que sobresalía mucho á su cabeza, estaban esculpidas las armas de Inglaterra, parecía entregado á las mas tristes reflexiones, notándose aun en su rostro evidentes señales de sus padecimientos en aquel día.

Se hallaba tan absorbido en sus pensamientos que no sintió abrir una puerta pequeña del otro extremo de la habitación, y un pagecillo que entró de puntillas y que anduvo así algunos pasos como buscando al través de la oscuridad que reinaba una persona. No viendo al rey, á quien ocultaba el espaldar de la silla, se volvió á poner el gorro que cubría parte de la rizada cabellera, y se disponía á salir, cuando un movimiento de Enrique llamó su atención.

Era el rostro del page precioso y lleno de chispa y de gracia. Su elegante talle se hallaba ajustado con jubon de raso blanco forrado de terciopelo nacarado. Llevaba en sus lindas manos unos riquísimos brazaletes, y sus pequeños piés calzados con botines de seda apenas se apoyaban en el suelo como un pájaro que va á volar; en una palabra, presentaba el total de un page retozon y cándido con toda la gracia y sencillez de quince años.

Luego que vió al rey corrió hácia él y se puso á jugar, con el gesto de niño mimado, con las esculturas del sitial. Al principio se contentó con pasar tan delicados dedos al través de los calados adornos, pero viendo que no se apercebían de su presencia, dió un ligero chillido y se escondió detrás del espaldar.

Estremeciéndose el rey, y poniendo mano al puñal que llevaba á la cintura, se levantó mirando á todas partes con espantados ojos. Mas luego que vió al page varió su semblante, y escondiendo el puñal le dijo con agrado:

— ¡Me habeis asustado!

El page se levantó ruborizado y respondió algo confuso:

— Ya... pero bien sabeis que no puedo jugar mas que con vos y que me fastidio mucho de estar solo.

— Volveos adentro, dijo Enrique dándole un beso con precipitación, volveos adentro que va á venir gente, y si os viesen aquí podrian originarse mil desgracias. Luego mas tarde iré á veros.

Y diciendo esto le empujaba para que volviese á entrar por la puerta por donde había salido.

— Pero, señor, dijo el page con algun enfado y resolución, esta vida es insoportable. Mientras que todos creen que estoy encerrado en algun castillo de Inglaterra, no ceso de ir con vos á todas partes, disfrazándome continuamente y metido en una litera cerrada. No puedo ver ni hablar á nadie mas que á aquella vieja sajona que no entiende una palabra de lo que digo. ¡No vivia yo así en la corte de Francia!

— Ya os lo explicaré todo eso mas adelante, dijo el rey, pero ahora idos, por Dios, que no sabeis cuánto riesgo corremos vos y yo si os llegan á ver aquí.

El page se resistía, pero el ruido de pasos que se oyó en la antecámara pareció decidirle y se dirigió hácia él

(1) Histórico.

oratorio; pero en vez de entrar en él aprovechó un instante en que el rey tenía vuelta la espalda, y se deslizó al espacio de una ventana que estaba oculta con grandes cortinas. A poco entró el gran senescal de Inglaterra, y dijo al rey con misterio:

— El príncipe, señor, espera vuestras órdenes.

— ¿Viene solo?

— Sí, señor; pero he sabido que toda su gente está sobre las armas esperando el resultado de la conferencia.

— Yo deseaba que esta entrevista fuese secreta, pero Enrique desconfía siempre de mí... Que entre, y que nadie venga á interrumpirnos suceda lo que quiera y oigase lo que se oiga.

El senescal hizo una cortesía, é introdujo al príncipe. Venía este armado de piés á cabeza como lo estaba antes, y se notaba en su rostro tanto temor como curiosidad. Saludó á su padre con mas respeto que la vez primera, como si conociese que estando en su poder debía contener su enemistad. El rey le alargó la mano y le dijo:

— Enrique, hijo mio, ¿es posible que siempre os he de hallar el primero entre mis enemigos?

— Ya os lo he dicho, señor, que vos solo teneis la culpa por haber despertado nuestra ambicion que al cabo no habeis querido colmar.

— He sido un insensato, dijo el rey; ¡yo queria evitar las discordias que preveia entre vosotros, y solo he logrado hacerlas mas prontas y terribles! Despues prosiguió con calor: pero ¿es posible, hijo mio, que esos odios y esas enemistades se hallen tan arraigadas en vuestros corazones que no quede esperanza de paz? ¿qué quereis de mí? Estoy pronto á dároslo todo, excepto la facultad de combatir unos con otros. Responded, Enrique, vos que habeis deseado ser tan poderoso como yo, y que luego que lo lograsteis no habeis quedado contento.

Este lenguaje lleno de nobleza y de bondad hizo bastante impresion en el duque de Normandía. que respondió con mas franqueza de lo que habia acostumbrado hasta entonces.

— Es inútil, señor, cualquier sacrificio que os impongais, pues la paz no puede reinar ya entre los Plantagenets. Pesa sobre nosotros una maldicion. La sangre de enemigas razas, normanda, aquitana y sajona se mezcla y hierve en nuestras venas, y así tenemos todos las fogosas pasiones que son patrimonio de esas razas. Seguimos con fidelidad las tradiciones y ejemplos de nuestra familia, y no ignoramos los crímenes que sobre ella pesan. Sabemos los crímenes de nuestro padre y de nuestra madre...

Pareció entonces que el rey no podia dominar los tumultuosos sentimientos que le agitaban.

— Maldicion eterna, exclamó paseando precipitadamente por la cámara, sobre la mezcla impura de demonios y furias que componen la casa de los Plantagenets. Todos salimos del infierno, y á él debemos volver; un profeta lo ha dicho (San Bernardo.)

Y diciendo esto se dejó caer en un asiento con desesperado ademan. De repente sonó un gemido en el otro extremo de la sala y Enrique vió moverse una cortina.

— Aquí hay alguno escondido, exclamó bajando la visera del casco, ¡traicion! ¡traicion!

— ¿Qué dice ese loco? preguntó el rey volviendo en sí.

— Aquí hay alguno escondido, repitió el príncipe poniendo mano á la espada. Padre, guardaos, porque sabré defenderme, y quedaré vengado.

Diciendo esto corrió á la ventana, y separando con furia la cortina halló al pagecillo caido en el suelo y medio muerto de espanto. Al verlo dejó caer la espada y dió una carcajada.

— Señor, dijo con ironía, elegisteis una mano muy poco firme para atravesar una coraza inglesa y una cota de malla española.

Cuando el rey vió á su hijo junto al page recibió un susto extraordinario.

— Dejadlo, dejadlo, exclamó. No lo toqueis, Enrique, os lo pido... os lo mando.

— Necesito saber, dijo el duque de Normandía, qué hacia aquí escondido.

Y dirigiéndose al page añadió con severidad:

— ¿Quién eres?

— No podrá responderos, dijo el rey procurando afectar calma, porque está en extremo asustado. Es un niño atolondrado que se habrá escondido por juego. Ya sabeis, Enrique lo que son los pages. Yo le haré castigar; pero dejadlo ir.

— Vamos, responde, dijo el duque sin hacer caso y cogiendo de la mano con fuerza al page. Dí quién eres.

Entonces se oyó una débil y dulce voz que dijo:

— No me hagais mal, señor, que soy una mujer.

Parecióle al duque conocer la voz, y abriendo con presteza la ventana para disipar algun tanto la oscuridad que reinaba en el salon, examinó con atencion las facciones del supuesto page.

— Padre, dijo luego con aire triunfante, bien sabia yo que esta mañana habiais jurado en falso. Acordaos de que he pasado mucho tiempo en la corte de Francia.

— ¡La habeis conocido! exclamó el rey poniéndose de rodillas delante de su hijo. ¡Oh! ¡hijo mio! No lo digais á nadie, y pensad que está en ello empeñado mi honor, y que puede ocasionarse una guerra sangrienta y aun un crimen...

El duque se volvió á la jóven que estaba medio desmayada en un sitial.

— Os llamais Adelais de Francia, y sois hija y hermana de reyes coronados. Os rodea un misterio vergonzoso y habeis manchado vuestro nombre ilustre.

Despues de haber pronunciado estas terribles palabras salió de la habitacion dejando confundidos á los dos.

Luego que el ruido de sus espuelas de oro dejó de oirse, pareció que despertaba el rey de un sueño profundo, tornándole su ánimo. Se levantó gritando:

— Socorro, amigos, socorro. Prended al duque ó soy perdido.

Y se lanzó fuera en pos de Enrique: pero ya era tarde. El príncipe estaba fuera del castillo y decia con alegría á Godofredo:

— Ricardo es nuestro.

Algunos minutos despues de esta escena, partió del castillo una litera cerrada y con buena escolta sin que nadie supiese lo que contenia.

V.

La noche estaba muy adelantada, los religiosos despues de maitines se hallaban sepultados en profundo sueño, y en todo el convento reinaba la mayor oscuridad. Solo el prior velaba en su celda pensando en las tumultuosas pasiones que cubria aquel silencio, que solo podia ser aparente. En esto llamaron con fuerza á la puerta, y abierta esta entró Bertrand de Born embozado en una capa de color oscuro y seguido de dos hombres de armas. Asustóse el pobre prior y preguntó con ansiedad:

— ¿Qué hay, señor de Hautefort? ¿Tendreis acaso alguna queja que darne respectiva á la acogida que han recibido vuestros soldados?

— Nada de eso, reverendo padre. Mi venida es solo á haceros una pregunta, y como no debemos perder tiempo la haré sin preámbulos. Los tres príncipes desean saber si estais en su favor ó en contra de ellos.

— ¡Los tres príncipes! repitió el prior con asombro.

— Los tres, añadió Bertrand con impaciencia. Seria muy largo de contar por qué medios se ha unido Ricardo á sus hermanos. Ahora solo debeis saber que se trata de dar un golpe atrevido; y como toda resistencia es inútil, espero que sereis bastante prudente para conformaros con la voluntad de los que me envian.

— Pero ¿qué quieren de mí los príncipes?

— Quieren muy poca cosa. Que me entreguis las llaves del monasterio, que sé muy bien que teneis en ese armario.

— ¿Para qué las quereis?

— Nada mas que para encerrar á los monges de modo que no pueda sucederles ninguna desgracia.

— Pero ¡Dios mio! exclamó el viejo levantándose; ¿qué vais á hacer? ¿Peligra la vida del rey?

— Ni por pienso. Otra cosa se quiere de él. Pero no perdamos tiempo: vengan las llaves.

— ¡Nunca! gritó el prior con cuanta fuerza pudo.

— Los hombres de armas se arrojaron sobre él, y sin hacerle daño le impidieron que gritase.

— Siento, dijo Bertrand, que me obligueis á usar de tales medios. Perdonadme, padre mio, porque está escrito que los Plantagenets heriran con sus puños toda cosa sagrada; yo soy su guante y no puedo menos de seguir el impulso dado por ellos.

Y mientras esto decia sacó del armario, que registró con cuidado, un manojó de llaves y lo examinó con atencion, sacando una que tenia grabadas las armas de Inglaterra.

— ¿No es esta la llave, preguntó al prior, con la que entráis en el castillo siempre que quereis?

El prior nada respondió.

(Se concluirá.)

Los sucesos del 18 de marzo.

Los cañones de Montmartre. — Fusilamiento de los generales Lecomte y Clemente Thomas. — Construcción de barricadas.

Nuestros lectores conocen ya los sucesos del 18 de marzo en la relacion continuada que hacemos en cada número de todo lo que ocurre en Paris desde el principio del sitio; pero el lápiz no trabaja con la velocidad de la pluma, los detalles que á la primera hora nos son desconocidos, aparecen despues en claro, y por esta doble razon debemos insistir sobre ciertos acontecimientos que por su gran interés deben ser ilustrados.

Volvemos pues á tratar de la jornada del 18 de marzo, cuyos principales episodios representan nuestros dibujos de las páginas 496 y 497.

LOS CAÑONES DE MONTMARTRE.

Principiemos por recordar brevemente lo que se ha llamado en Paris la *cuestion de los cañones*.

Los cañones de que se apoderaron algunos guardias nacionales la víspera de la entrada de los prusianos en

Paris, y con los cuales formaron parques en Montmartre, Belleville y otros barrios, son de los que se fabricaron durante el sitio por la industria privada con los fondos de las suscripciones particulares. Todo este material se destinó á la guardia nacional, que con su efectivo de 350,000 hombres, tenia derecho á una artillería de 875 piezas.

La parte de este material ya terminada se entregó á la guardia nacional en diferentes épocas y se reunió en la avenida de Wagram, donde debia haber el 28 de febrero las piezas siguientes:

Piezas de 7 de bronce ó de cobre.	470
De tubos.	42
De diversos calibres.	40
Morteros de 45.	50
Obuses de montaña.	3
Total.	245

Con mas el complemento reglamentario de furgones, cureñas, etc.

Para concluir esta nomenclatura añadiremos que el material de artillería distribuido á la guardia nacional, incluso el que no se ha entregado aun, se compone totalidad de las piezas siguientes:

- 1º 400 piezas, de las cuales 236 están dispuestas á entrar en servicio;
- 2º 202 ametralladoras, de las cuales 80 pueden entrar en servicio;
- 3º 50 morteros.
- 4º 3 obuses de montaña.
- 5º Arreos de un valor de 700,000 francos.

Piezas, proyectiles, carros, etc., tienen un valor de 44 á 45 millones de francos.

Toda la artillería que se sacó del parque de Wagram, fué llevada á Montmartre, á Montrouge, á la plaza de Vosgos y á otros barrios.

Montmartre era el parque principal, que hemos representado en uno de nuestros últimos números.

Los guardias nacionales que custodiaban estos cañones, dirigidos por el Comité central, se negaban á entregarlos, y el gobierno decidió el ataque.

El dia 18 de marzo se supo desde por la mañana que los barrios en donde se hallaban los cañones estaban cercados por la tropa, y todo el mundo en Paris se dirigia esta pregunta:

— ¿Hará fuego la tropa contra la guardia nacional?

En las esquinas aparece una proclama firmada por M. Thiers y por todos los ministros.

Hé aqui su contenido:

« Habitantes de Paris:

» De nuevo nos dirigimos á vosotros, á vuestra razon y á vuestro patriotismo, y tenemos confianza en ser escuchados.

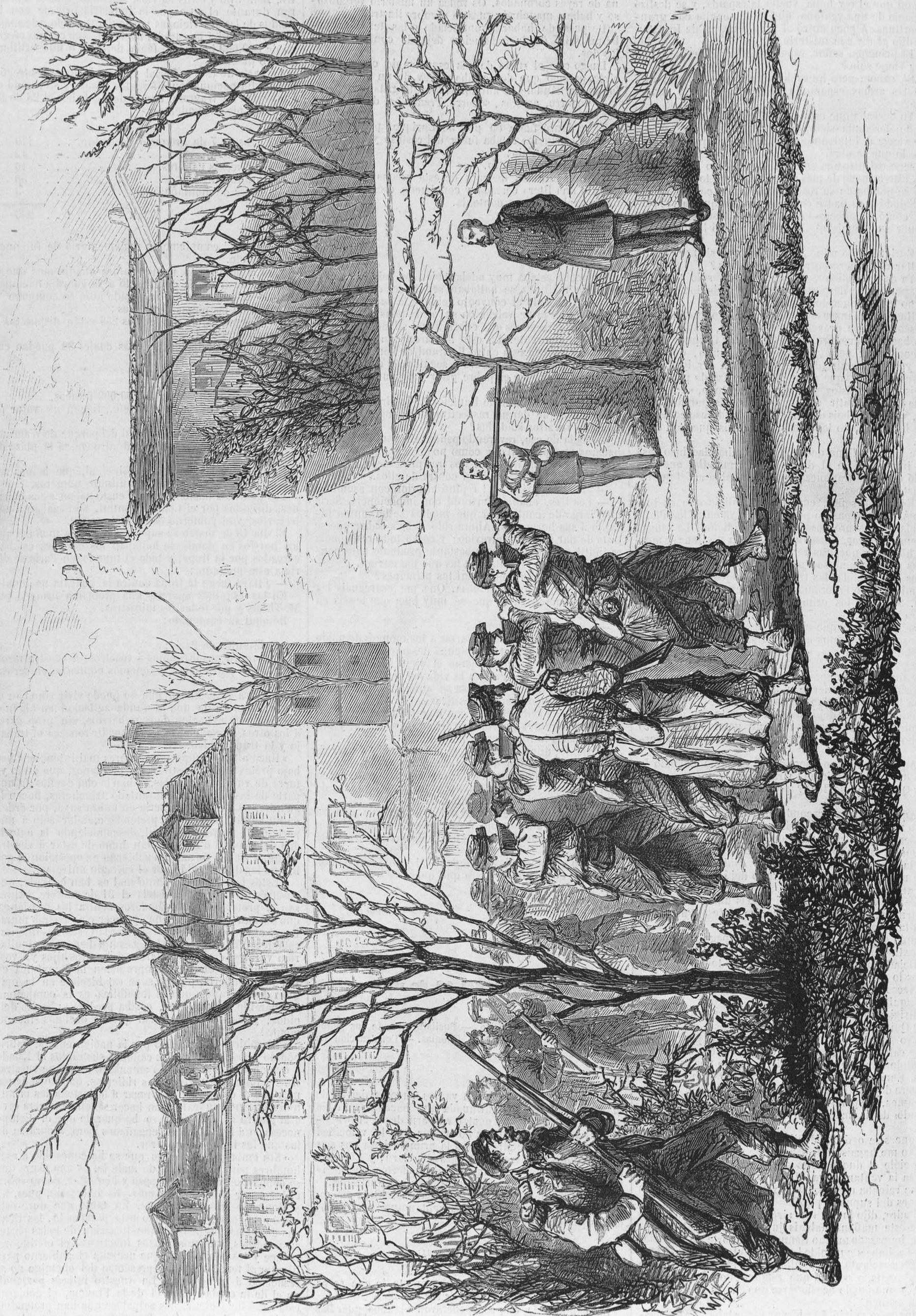
» Vuestra gran ciudad, que no puede vivir sino con el orden, es presa de una profunda agitacion en algunos barrios; y la agitacion de esos barrios, sin propagarse á los otros, es suficiente para impedir renazca el trabajo y la tranquilidad.

» Hace algun tiempo que hombres mal intencionados, bajo pretexto de resistir á los prusianos, que están ya fuera de vuestras murallas, se han hecho dueños de una parte de la ciudad, han levantado trincheras, hacen la guardia, os obligan á hacerla en union suya, por orden de un comité oculto que pretende mandar solo á una parte de la guardia nacional, desconociendo la autoridad del general d'Aurelle, tan digno de estar á vuestro frente, y quiere formar un gobierno en oposicion al gobierno legal, instituido por el sufragio universal.

» Estos hombres, que tanto mal os han causado, que vosotros mismos dispersasteis el 31 de octubre, expresan la pretension de defenderos contra los prusianos, que no han hecho mas que aparecer en vuestras murallas y cuya partida definitiva retardan estos desórdenes; establecen cañones que si llegasen á disparar aniquilarian vuestras casas y matarian á vuestros hijos y á vosotros mismos; en fin, comprometen la República en vez de defenderla, porque si se estableciese en la opinion de la Francia que la República es la compañera inseparable del desorden, estaba perdida. ¡No les deis oidos, y escuchad la verdad que os decimos sinceramente!

» El gobierno, instituido por la nacion entera, habria podido apoderarse de esos cañones sustraídos al Estado y que en este momento no amenazan mas que vuestras vidas; tomar esas trincheras ridículas, que no detienen mas que el comercio, y entregar á la justicia los criminales que no titubarian en hacer seguir la guerra civil á la guerra extranjera; pero ha querido dar el tiempo necesario á los hombres engañados para separarse de los que les inducian en error.

» Sin embargo, el tiempo que se ha concedido á esos hombres para dejar á los de mala fe, es una usura que se comete sobre vuestro reposo y bienestar, como sobre el bienestar de toda la Francia. Es necesario, pues, no prolongarlo indefinidamente. En tanto que dure este estado de cosas, el comercio está paralizado, las tiendas desiertas, los pedidos que llegarían de todas partes suspendidos, vuestros brazos inactivos, el crédito no renace y los capitales de que necesita el gobierno para libertar al territorio de la presencia del enemigo no se resuelven á presentarse. En vuestro interés personal, en el de la ciudad y en el de la Francia, el gobierno está resuelto á obrar. Los culpables que han pretendido establecer un gobierno á su manera, van á ser entregados



SUCESOS DEL 18 DE MARZO. — Fusilamiento de los generales Clemente Thomas y Lecomte.

dos á la justicia regular. Los cañones sustraídos al Estado, devueltos á los arsenales; y para ejecutar este acto urgente de justicia y razon, el gobierno cuenta con vuestro apoyo. Que los buenos ciudadanos se separen de los indignos, y ayuden á la fuerza pública en vez de resistirla. Así apresurarán el renacimiento de la tranquilidad y prosperidad en la ciudad, y harán un gran servicio á la misma República, que el desorden haría decaer en la opinion de la Francia.

» Parisienses: os hablamos de este modo porque conocemos vuestro juicio, prudencia y patriotismo; pero, hecha esta advertencia, aprobareis que recurramos á la fuerza porque es necesario que, cueste lo que cueste y sin esperar un dia, el orden, condicion de vuestro bienestar, renazca fuerte é inalterable.»

El efecto de la proclama es excelente en el centro de Paris, pero es absolutamente nulo en los arrabales.

Nos dirigimos hácia Montmartre, que es el punto importante de la lucha.

En los bulevares de Clichy y de Rochechouart encontramos las calles que conducen hácia las alturas ocupadas militarmente por piquetes de los regimientos

45, 46 y 137 de línea. Delante de las calles Houdon, Lepic, Germain Pilon, de los Martyrs, del pasage de Bellas Artes y en la plaza Pigalle, hay ametralladoras apuntando á Montmartre.

En el boulevard de Clichy se ven muchos grupos

bajan por la plaza de Breda con la cualta del fusil al aire.

Estos soldados dicen que los guardias nacionales y la tropa fraternizan, no obstante los esfuerzos del general Lecomte; que este dió orden á los gendarmes para que

de guardias nacionales hablando familiarmente con los soldados de línea y diciéndoles que el gobierno desea convocar la guerra civil.

Nos cuentan que á las seis de la mañana unos agentes municipales del imperio disfrazados de guardias nacionales habian logrado sorprender á los destacamentos que se ocupaban en el cerro Montmartre y se habian apoderado del parque de artillería.

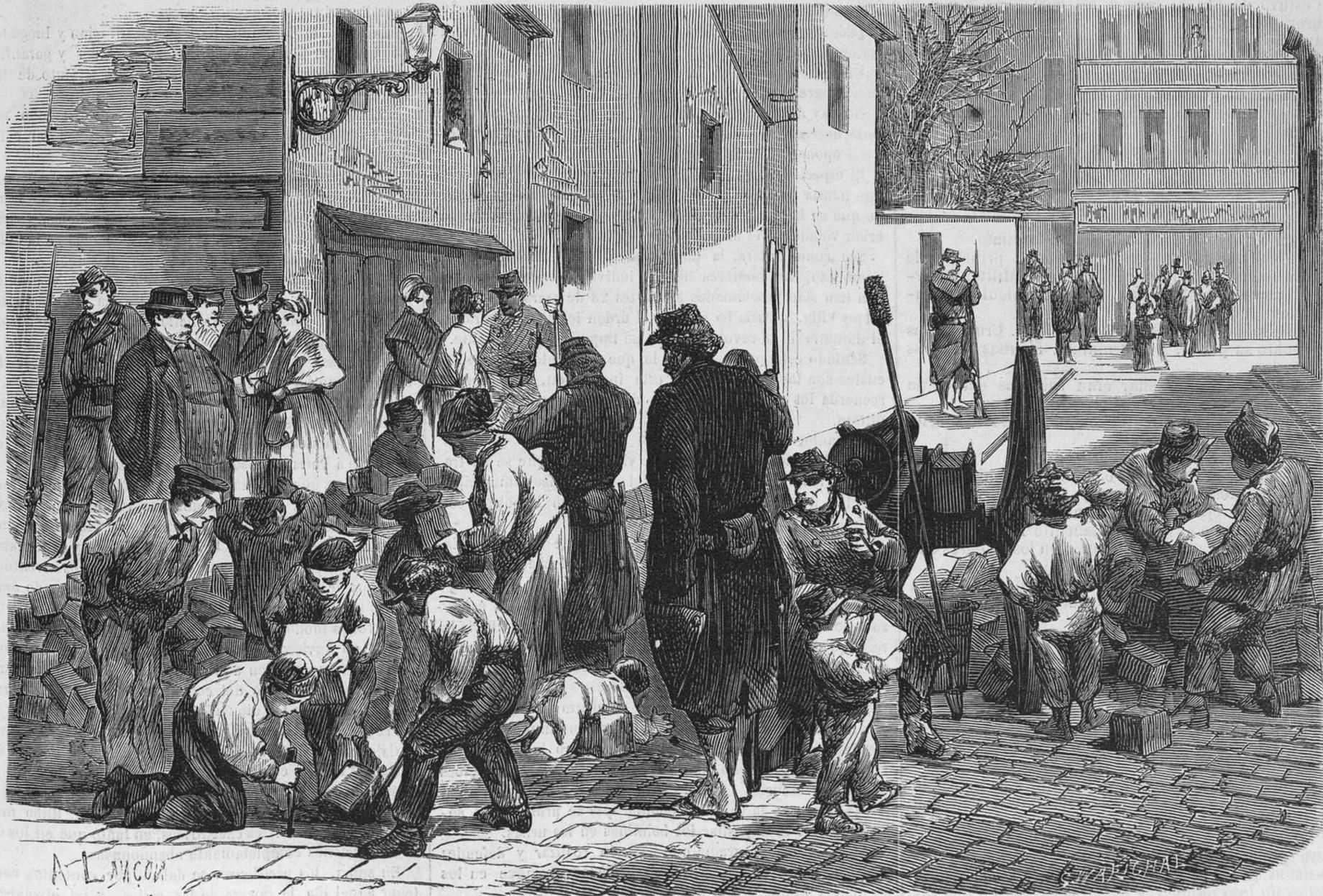
A las seis y media se habian disparado seis cañonazos para anunciar á la tropa que podia llegar á recoger los cañones.

Muy luego bajaron en efecto algunas de las piezas; pero los guardias nacionales del Comité central, seguidos de una porcion de mujeres se opusieron, volvieron á tomar los cañones y los llevaron de nuevo al parque.

A eso de las nueve la circulacion está interrumpida, y se oyen tiros en la direccion del boulevard. La muchedumbre se replega gritando, y pocos momentos despues se vé á muchos soldados que



SUCESOS DEL 18 DE MARZO. — Cadáveres de los generales Clemente Thomas y Lecomte, depositados en un cuarto de la casa de la calle de Rosiers, N° 6.



SUCESOS DEL 18 DE MARZO. — Construccion de una barricada.

hicieran fuego; que los regimientos de línea se habían negado á tirar contra la guardia nacional; que la caballería, la artillería y los gendarmes viéndose sin apoyo tuvieron que replegarse, y que entonces la guardia nacional se posesionó del cerro y de la artillería.

Desde aquel momento la insurrección aparece triunfante y el gobierno legal debe retirarse á Versailles. Por todas partes, en las calles, en los bulevares, en los muelles se ven soldados errando al acaso mezclados con los grupos y contando como habían abandonado á sus jefes para fraternizar con los revoltosos.

EJECUCION DE LOS GENERALES CLEMENTE THOMAS Y LECOMTE.

El día 18 hemos recorrido los barrios altos de Montmartre y nuestros dibujos ofrecen la exacta reproducción de nuestras investigaciones.

El general Lecomte fué preso por los insurrectos cuando se pasó su tropa, y cuando lo supo el general Clemente Thomas salió á buscarle.

A eso de las cinco se hallaba en la plaza Pigalle vestido de paisano, pantalon gris, levita negra y sombrero de copa alta.

Uno de los federados que le reconoció por su larga barba blanca, se fué á él y le dijo:

— ¿No sois el general Clemente Thomas?

— No.

— Pues sin embargo, yo os reconozco.

— Y aun cuando lo fuera, replicó con energía el general, ¿acaso no he cumplido yo siempre con mi deber?

— Sois un miserable y un traidor, dijo su interlocutor asiendo al anciano.

Al punto acudieron otros individuos, que arrastraron al general en la dirección de la calle de Rosiers, residencia del comité.

La suerte del infortunado general se decidió inmediatamente.

El grupo encargado de la ejecución le llevó al jardín de la casa.

Este jardinillo está cortado en cuadros, como se ve en muchas casas de Montmartre. Cuando le visitamos, la tierra toda estaba removida y deshechos los cuadros de plantas por las pisadas.

En la pared del jardín hay melocotoneros que estaban en flor, y bajo esos árboles fusilaron á los generales Lecomte y Clemente Thomas.

¡Aquí las venganzas del hombre, allí la inalterable hermosura de la naturaleza!

Clemente Thomas fué el primero.

Nuestro dibujo le representa, como al general Lecomte, en el puesto que ocupaba y que indicaron exactamente á nuestro dibujante.

El anciano general dió prueba de la mas heroica firmeza en aquel horrible momento.

Se estuvo de pié de cara á los ejecutores y con el sombrero en la mano.

Hay dos versiones: la una afirma que no hicieron mas que una descarga, en tanto que la otra, dice que sus verdugos tiraron sobre él *uno tras otro*.

A cada balazo el cuerpo de la víctima se estremecía con un movimiento convulsivo; pero seguía tan firme como una estatua.

Catorce balazos había recibido ya, y continuaba mirando frente á frente á sus ejecutores.

Por fin le hizo caer la décima quinta bala que le dió en la cabeza.

¡Horrible espectáculo!

Después le llegó el turno al general Lecomte.

El general Lecomte era muy joven y al principio de la guerra tenía la graduación de coronel. Militar bizarro, se distinguía también por sus conocimientos literarios y científicos.

Cuando se presentó estaba muy pálido. Cruzaba los brazos sobre su pecho, y murmuraba algunas palabras protestando.

Los que le debían fusilar eran soldados del 88 de línea.

— Ahora te toca á tí, le gritaron; á tí que nos diste orden de tirar contra el pueblo.

Un instante después caía muerto.

Los ejecutores eran trece ó catorce, diez militares y los demás guardias nacionales.

Los militares ejecutaron al general Lecomte, y los guardias nacionales al general Clemente Thomas.

Los visitantes examinan con emoción los agujeros que hicieron las balas en la pared del jardín.

Los cuerpos de las dos víctimas fueron depositados en un cuartito de la casa, como se puede ver en nuestro dibujo.

Unas ropas cubiertas con un capote sirven de almohada á los dos generales. Les extendieron vestidos sobre dos persianas y entrambos tienen por único paño mortuorio una manta de soldado.

A su lado sobre una silla de madera hay una vela en un candelero de cobre.

Tal es el drama que ha producido en todo el país un sentimiento de espanto.

La Francia entera ha protestado contra una ejecución que hasta el comité central califica de criminal en una proclama.

En la Asamblea nacional el general Trochu se ha hecho intérprete del sentimiento público, presentando una proposición para que se declare la muerte de los dos generales un luto público, y para que se decreta que sus hijos sean adoptados por la patria.

Así se ha acordado.

LAS BARRICADAS.

El mismo día 18 se elevaron barricadas por todas partes, en Montmartre, en los *faubourgs* y en el Hotel de Villa.

La plaza del Hotel de Villa se trasformó en un inmenso campo fortificado, con 117 piezas de artillería.

No se puede pasar por la plaza.

Hemos visitado muchas de las barricadas que se hacían no sabemos por qué ni contra quién, puesto que el comité central y la guardia nacional eran los dueños de la situación.

La circulación no estaba interrumpida, pero en algunos puntos los guardias nacionales pedían á los transeúntes que ayudasen con una piedra á la construcción.

Obsérvese el dibujo que presentamos.

Los pilluelos demostraban un ardor febril en esta obra. El sábado á las cuatro de la tarde no vimos trabajar en la barricada de Montmartre mas que muchachos.

H. V.

Revista de Paris.

Tarea mas que difícil es la de seguir el hilo de los acontecimientos que se suceden en Paris en el período tan agitado y borrascoso que atravesamos estos días. Nada aparece claro y decisivo; muy al contrario, cuanto mas se aglomeran los sucesos, mas profunda es la oscuridad en que vivimos. Y no es decir que falten palabras, pues Paris se halla inundado de proclamas, manifestaciones y declaraciones, tanto de los cuerpos constituidos como de los hombres que figuran entre las principales individualidades. A mayor abundamiento, y para colmo de confusión, los actos de hoy se desmienten mañana, por manera que hasta la narración de los hechos ofrece á cada paso tropiezos y dificultades.

Al terminar nuestra última revista decíamos que todo eran protestas contra las elecciones de la Commune: protestas de la prensa, de los alcaldes, de los diputados, serios obstáculos para que la elección se llevara á efecto; y hé aquí que en el último instante, muchos de los diarios que protestaron aconsejan que se acuda á las urnas, los alcaldes se ponen de acuerdo con el comité central y redactan un manifiesto en el mismo sentido, y los diputados después de haber pedido en vano á la Asamblea de Versailles que legalice la elección, se resuelven también á sancionarla.

¿Cómo de un día á otro se cambian así tan radicalmente las opiniones?

Una razón se invoca, la de evitar la guerra civil y la efusión sangre.

No hay duda que la razón es plausible; pero para esto sería necesario probar que había hombres en Paris dispuestos á oponerse por la fuerza.

El espectáculo que estamos presenciando no nos hace creer que habría sido así; antes bien ante la indiferencia general de que se hace alarde, pensamos que los revolucionarios habrían votado en el aislamiento.

Sea como quiera, la Commune ó consejo municipal está nombrado, los nombres de los individuos que la componen han sido proclamados el martes 28 de marzo en el Hotel de Villa, y Paris ha salido del orden legal para entrar en el dominio de la revolución que se impone violentamente.

Sentado este punto, ahora lo que nos interesa es saber cuáles son las tendencias de esta institución, cuyo nombre recuerda los días mas terribles de la revolución del siglo último.

Los antecedentes son difusos.

Dos documentos tenemos á la vista en los que se ha tratado de definir la significación del nuevo consejo municipal, y á ellos debemos apelar para esclarecer en lo posible esta materia.

El primero es el manifiesto del comité de los veinte distritos y el segundo una declaración oficial fechada el 26 de marzo.

El manifiesto principia por consignar que gracias al esfuerzo espontáneo y valeroso de la guardia nacional, Paris ha reconquistado su autonomía, esto es, el derecho de organizar su fuerza pública, su policía y su administración financiera.

La Francia se levanta, resucita, comienza una nueva vida y continúa la tradición de las antiguas communes y de la revolución francesa á que tantas veces debió la victoria.

Y esta tradición que ha costado la vida á tantos héroes gloriosos ú oscuros, se va á consumir sin lucha sangrienta, por la fuerza de la voluntad popular que se pronunciará soberanamente al depositar los boletines en las urnas.

En cuanto al programa que deberán realizar y defender los mandatarios de los parisienses, puede resumirse en los siguientes puntos, según el manifiesto:

El consejo municipal debe ser autónomo, esto es, debe gobernarse y administrarse por sí mismo, según su genio

particular, sus tradiciones y necesidades, debe existir como persona moral conservando en el grupo político, nacional y especial, su entera libertad, su carácter propio.

Además, debe formar una federación con los demás cuerpos idénticos en toda la nación francesa.

« La autonomía de la Commune, añade el manifiesto, garantiza al ciudadano la libertad, el orden á la ciudad, y la federación de todas las Communes aumenta, por la reciprocidad, la fuerza y los recursos de cada una de ellas, haciéndola participe de los esfuerzos de todas. Esta idea comunal, proseguida desde el siglo XII, afirmada por la moral, el derecho y la ciencia, acaba de triunfar el 18 de marzo de 1871.»

Veamos ahora lo que implica en la práctica.

Según el manifiesto, implica como forma política la República, única compatible con la libertad y la soberanía popular.

La libertad completa de hablar, escribir, reunirse y asociarse.

El respeto del individuo y la inviolabilidad de su pensamiento.

La soberanía del sufragio universal que puede manifestarse incesantemente.

El principio de la elección aplicado á todos los funcionarios ó magistrados.

La responsabilidad de los mandatarios.

Por último, el mandato imperativo, esto es, el mandato que precisa y limita el poder y la misión del mandatario.

En lo relativo á Paris el manifiesto determina el mandato de la manera siguiente:

Reorganización inmediata de los distritos ó barrios de la ciudad.

Autonomía de la guardia nacional y facultad de nombrar sus jefes.

Supresión de la prefectura de policía.

Supresión en Paris del ejército permanente.

Nueva organización financiera del presupuesto de la villa.

Supresión de toda subvención en favor de los cultos, los teatros y la prensa.

Propagación de la enseñanza secolar.

Y varias otras medidas sobre la responsabilidad de los hombres públicos del régimen caído, sobre un sistema de seguros comunales contra todos los riesgos, y sobre el crédito para favorecer el trabajo y extinguir el pauperismo, origen de las revoluciones y de las guerras intestinas.

La declaración oficial á que hemos hecho referencia, sin ser tan explícita como el manifiesto, deja al consejo municipal la tarea de señalar sus atribuciones; pero añade que debe tener en lo que concierne á Paris, el mismo poder constituyente que se concede á una Asamblea nacional para toda Francia.

En suma, la Commune hará su constitución y luego tendrá que escogitar los medios de hacer reconocer y garantizar por el poder central, cualquiera que sea, ese estatuto de la autonomía del municipio.

Coligada con las demás corporaciones del mismo género que haya en la nación, estudiará las cláusulas del contrato que deba ligarlas á todas.

¿Cuál será este contrato?

En primer lugar deberá contener la garantía de la autonomía, de la soberanía municipal reconquistadas, y después deberá asegurar el libre juego de las relaciones de la Commune con los representantes de la unidad nacional.

Finalmente, deberá imponer á la Asamblea la promulgación de una ley electoral de tal naturaleza, que la representación de las ciudades no se halle en lo sucesivo absorbida y como ahogada en la representación de los campos.

Bajo estas condiciones la ciudad libre volverá á ser ciudad capital como ha sido hasta el día.

Al través de estas atribuciones que se señalan á la Commune no es difícil distinguir que no se trata de una mera corporación municipal, sino de un cuerpo político que en lo referente á Paris es absolutamente soberano.

Verdad es que para saber positivamente á qué atenernos, debemos esperar á que la Commune ya nombrada, formule su programa; pero como los hombres que la componen son los mismos que han redactado el manifiesto y la declaración que acabamos de extractar, sin hacer juicios aventurados podemos decir que no habrá grandes divergencias de opinión en los puntos principales.

De todos modos, los parisienses que votaron el domingo último no tuvieron mas antecedentes sobre el asunto que los que se exponen en aquellos documentos; y sin embargo, gracias al acuerdo del comité central con la mayoría de los alcaldes y de los diputados, acudieron á las urnas mas de 180,000 electores, número considerable relativamente.

Calculábase que de este total se dieron 120,000 votos á las listas del comité central y 60,000 á las de las antiguas municipalidades.

La votación se llevó á efecto sin desorden. Hubo mucha afluencia en los barrios excéntricos, en tanto que en los otros había secciones completamente abandonadas.

En suma, los parisienses se daban por contentos con no tener aquel día la guerra de las calles, y así olvidaban el triunfo completo que alcanzaban los revolucionarios.

La proclamación de la Commune se hizo, como hemos di-

clo, el martes último, con una solemnidad de un carácter verdaderamente pintoresco.

A las tres de la tarde los batallones de la guardia nacional adheridos al comité central llegaban formados en masa á la plaza del Hotel de Villa, teatro de la ceremonia.

Aplicada al frente del edificio se veía una tribuna, adornada con un busto de la República entre banderas rojas, que ocultaban el bajo-relieve de bronce que representa á Enrique IV á caballo, el único rey cuya memoria respetan los demócratas franceses.

El gentío era inmenso: todo el edificio municipal hasta la techumbre y las cornisas, todas las casas de la plaza estaban cuajados de espectadores.

La guardia nacional se forma en la plaza, pero muy luego se acaba el espacio y los batallones que continúan llegando deben situarse en las calles adyacentes.

A las cuatro de la tarde se hace una salva de 21 cañonazos en el muelle.

Las banderas se agrupan al pié de la tribuna, las masas de guardia nacional y de pueblo entonan LA MARSELLA, los tambores redoblan: es que aparece el comité central á proclamar los nombres de los candidatos elegidos para formar la Commune.

Los guardias nacionales ponen sus kepis en la punta de las bayonetas y levantan en el aire sus fusiles.

Se pronuncian discursos dando gracias al pueblo de Paris por el gran ejemplo que acaba de ofrecer al mundo, y á cada una de las alocuciones responden las masas aclamando al comité y á la República.

Lo mismo sucede cuando se proclaman los nombres de los 92 individuos que forman la Commune.

Terminada la ceremonia se repiten las salvas y seguidamente comienza el desfile, que duró hasta las siete de la noche.

Se calcula que asistieron á esta proclamación 150,000 guardias nacionales.

Por la noche se iluminaron algunos edificios públicos, particularmente Tullerías, el Louvre y el Hotel de Villa.

Tenemos pues, instalado un nuevo poder frente al de Versalles.

¿Qué hace entre tanto la Asamblea?

Todo el mundo tiene la vista fija en sus discusiones, que sin embargo, no siempre ofrecen el interés que parece deberían tener en las actuales circunstancias.

M. Thiers se muestra reservado: habla de un plan del gobierno que se considera infalible, pero no se sabe si se trata de conciliación ó de emplear la fuerza de las armas.

Versalles se convierte en un inmenso campamento: cada día llegan guardias nacionales de las provincias, marinos, tropas de infantería y de á caballo; en suma, tanto en la ciudad como en las cercanías hay abundancia de militares. Esta aglomeración de fuerzas nos inclina á creer que el gobierno medita un ataque; pero repetimos que es pura suposición, pues los ministros no entran sobre este punto en explicaciones de ninguna especie.

M. Thiers pronunció un discurso el 27 un discurso en que recomienda que no se abran discusiones intempestivas sobre los sucesos de Paris, porque ellas agravarían una situación que es de por sí demasiado grave.

El gobierno reclama el silencio, afirmando que en él no hay peligro, ni para los principios, ni para el orden público.

No se sacrificará ninguno de los principios esenciales del gobierno, dice M. Thiers, se consagrarán los derechos de Paris, presentando cuanto antes un proyecto de ley con las atribuciones municipales que correspondan; pero no se permitirá que Paris domine á la Francia.

Esta declaración es importante.

Si el gobierno legal consiente en que Paris tenga su administración municipal con las atribuciones que le son debidas, no hay duda que se habrá dado un gran paso. Ahora falta que por parte de la Commune haya también concesiones; que se manifieste que el consejo municipal de Paris, recientemente nombrado, no entiende convertirse en una asamblea nacional, ó lo que es lo mismo, en un cuerpo puramente político, cuya acción se extienda á todo el territorio de la Francia.

Sobre este terreno, parécenos que la conciliación sería posible; pero ¿está decidida la Asamblea á conceder en la nueva ley las franquicias municipales que se piden generalmente, y la Commune nombrada el 28 de marzo se halla dispuesta también á encerrarse en su papel de municipalidad parisiense?

La contestación á esta doble pregunta no es fácil hoy; esperemos, pues, los primeros actos del poder instalado en el Hotel de Villa, pues como hemos dicho al principio de esta revista, por los antecedentes que tenemos no se puede juzgar sobre este punto con pleno conocimiento de causa.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

PENSAMIENTOS DE YOUNG.

(Conclusion.)

¡Ay! ¡Mi lenguaje os es desconocido!
Ni conocéis al hombre, ni á la tierra
Baja mansion de enfermos incurables.
Pero os sorprende mi decir extraño
Porque nunca llegó á vuestra noticia
Existencias de mundos microscópicos.
¿Con su carro de fuego Enoch y Elías
Su escala no fijaron por aquestos
Recónditos planetas? ¿Ni el rebelde
Angel caído, con sus negras alas,
Tras el gigante vuelo de su sombra,
Empañara el fulgor de vuestro disco?
A quien parezca mi sistema loco,
Su negación parecerá insensata.
Si forjar nuevos mundos es quimera,
Quimera es que ennoblece por sublime:
Su razón principal, su fundamento
Se halla de Dios en la grandeza suma;
¿Quién es sostenedor de otros principios?
Al Poder Creador ¿quién marca límites?
Un mundo crea como ariste leve;
Dice: fiat ¡y surgen nebulosas!
No responda una incrédula sonrisa
Al entusiasmo que mi pecho inflama
Y engrandece mi númen fervoroso;
El nihilismo repele mi conciencia,
No quiere destruir, levantar quiere
Los confines del ser, porque tal cumple
A enaltecer del Creador la gloria.
Oportuna en apoyo de mi juicio
La experiencia teneis: el microscopio
En reducido círculo, en un punto
Apenas perceptible, nos presenta
Muchedumbre de seres, que pasaran
Totalmente ignorados sin su ayuda.
Lo gigante llevado al infinito
Y lo pequeño reducido al átomo,
Establecen recíproca armonía;
El grave error del pensamiento fuera
Quedarse á la mitad de ambos extremos.
¡Artífice sublime! en lo insondable
De tu inmenso poder se abisma el alma,
Sube á tu creación y está en su centro.
Te apellidas EL QUE ES. Nada se agita
Que obra tuya no sea. Las que admiro
Sombras opacas son, que en torno giran
En tu divino ser, cual de la tierra
Gira en redor la atmósfera azulada.
Calma su vuelo mi entusiasta númen,
Respeto los arcanos de la altura
Y la sombra de Dios ferviente adora.
¡Comprendo de los astros las distancias:
Salieron de tus manos, te miraron
Y, por respeto á tí, retrocedieron!...
Sesudos pensadores y custodios
Del cálculo de Newton: ¿tropezásteis
Con quien las cumbres del inmenso espacio
Mira cual profundísimos abismos?
¿Sorprendisteis la fulgida morada
Del sol universal, del sol que anima
La lumbré de los soles mas remotos?
¿Qué astros forman su séquito? ¿qué estrellas
Tachonan de brillantes su corona?
No son, no, los científicos misterios;
El rendimiento, sí, del raciocinio,
La fe y la religion al alma guían
Hasta los piés de su esplendente trono.
En cada estrella me figuro un templo
Dedicado al Señor; de sus altares
Sube el incienso en espirales ondas,
Resuenan, en sus naves, fervorosos
Hossanas mil. La creación entera
Rinde á su Autor adoración solemne.
¡Oh! ¡qué aglomeración tan portentosa,
Qué multitud de mundos habitados,
De globos suspendidos, como frutos
De una viña inmortal! Parecen joyas

Que Dios lleva en su anillo y cuyo sello
En todos los espíritus y seres
Graba las perfecciones de su esencia,
De su poder y de su amor sin tasa
Que mas que su poder se desenvuelve.

Yo me detengo aquí, que es infinita
La grandeza de Dios y microscópica
La fuerza intelectual de los humanos.
Podrá nuestro terreno entendimiento
Correr audaz la celestial esfera
Y quedará á distancia imponderable
De lo que es el Señor. Débil la mente
Se engrandece no obstante y se dilata
En sus potentes obras, meditando.
Ni el querubín el descifrar consigue
La plenitud Altísima. ¡Cuán justo
Es que el hombre, en el polvo confundido,
Recoja estos misterios insondables
Con profundo y rendido acatamiento!
Ríndete, contumaz materialista;
Tu criminal sonrisa me hace daño.

Ríndete; de las pálidas estrellas
No envidiará tu corazón las luces,
Brillará mas que todas reunidas,
Y desde tu pendiente deleznable
Volará á la altura. El mismo caos
Te dirá que las fulgidas carrozas,
Que tachonan de plata el firmamento,
Surgieron de la nada y las tinieblas,
Ante la voz del Inmortal. Formadas
De tosco limo y de materia bruta
Fuéronse redondeando. Orbes sombríos
Lanzaron melancólicos fulgores,
Y diáfanos despues distribuyeron
Su alma caudal de luz vivificante.
Así la creación maravillosa
A su alto grado de virtud conduce
Su parte material. Tan solo el alma
La perfección á sus esfuerzos debe.
Si á lo elevado intenta remontarse,
Al mismo cielo á coronar sus ansias
Propicio encontrará; la que desea
Robustecer su fe, con él camina
Hasta la exaltación. Tú, descreído,
Aprende á conocer que perteneces
Á un rango superior. Con tus acciones
Comprueba la excelencia de tu origen
Y el mismo sol coronará tu frente.
¿Qué otra ambición merece tus alientos?
¿Posible es que en tus obras no te impulse
Religiosa piedad? ¿quedas inmóvil
Y has frecuentado con fervor las aulas
En que explican los astros? Hombre insecto,
Te aprisionan los juicios mundanales
Y tinto de vergüenza ¿no te atreves
Á prosternarte ante el poder del cielo?
¡Ay! feliz quien se jacta de creyente;
Llegará á la eminencia de los astros,
Hollará las nocturnas luminarias,
Volará mas allá del pensamiento,
Y encontrará la excelsitud divina.

OBDULIO DE PEREA.

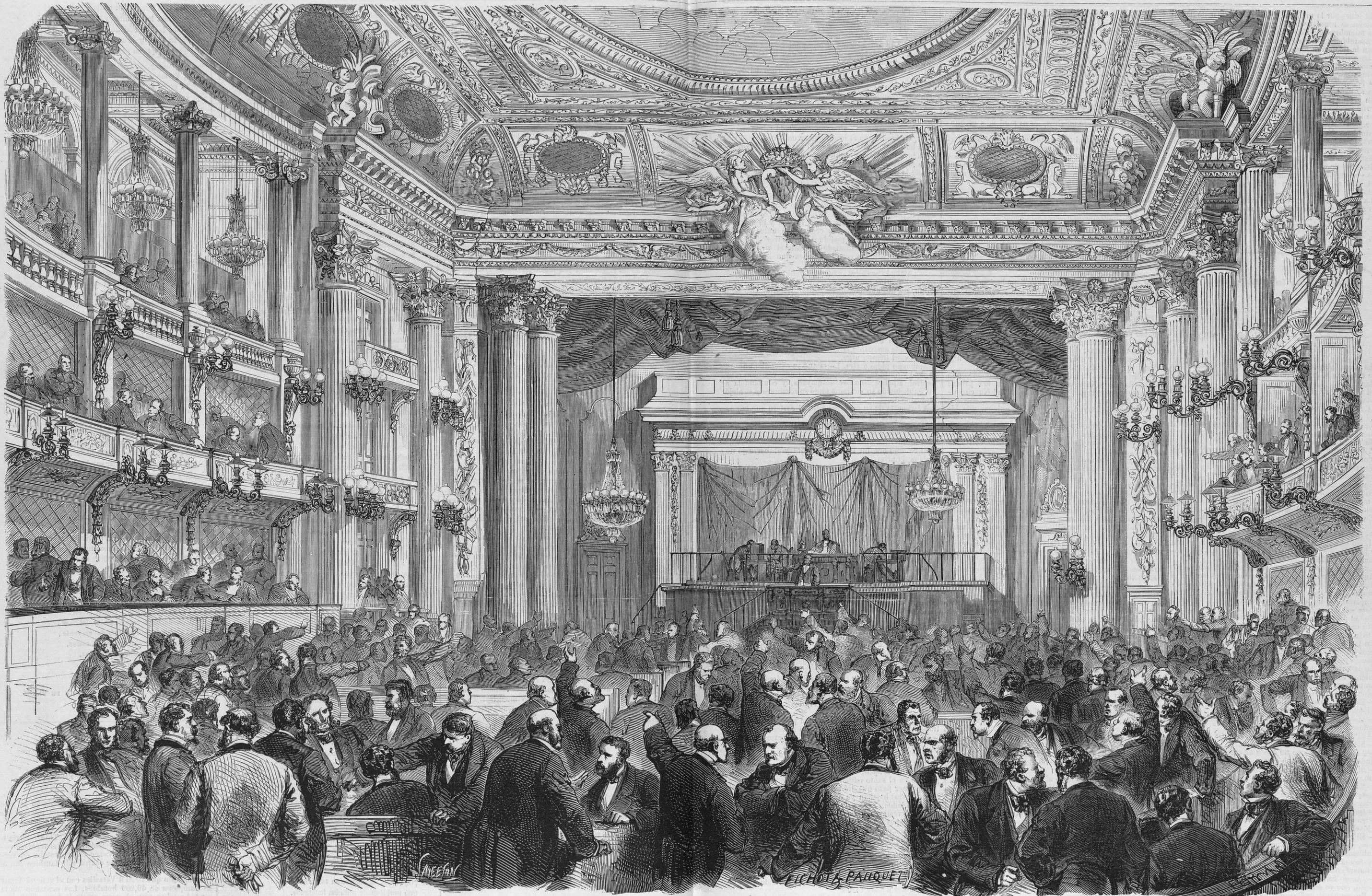
Versalles.

LA SESION DEL 20 DE MARZO.

Uno de los primeros cuidados del gobierno ha sido el de cortar los alambres telegráficos, para interrumpir las comunicaciones eléctricas entre Paris y los departamentos.

El 19 de marzo por la mañana M. Thiers enviaba una circular á todas las autoridades de los departamentos, anunciando que el gobierno entero estaba en Versalles y que la Asamblea se reunía allí también con el poder ejecutivo.

El ejército que llegó á Versalles con el general Vinoy se componía de 40,000 hombres. Las cercanías de la ciudad estaban ocupadas con ametralladoras. Todas las autoridades y jefes de ejército habían llegado á Versalles.



LA ASAMBLEA NACIONAL DE VERSALLES. — Sesión del 20 de marzo.

El lunes por la mañana, 20 de marzo, mas de 300 diputados se reunian en el salon de conferencias. Algunos miembros querian aprovechar la ocasion para que la Asamblea se declarase constituyente; otros proponian la traslacion inmediata á Tours.

La sesion se abrió á las dos y media, bajo la presidencia de M. Grevy, que pronunció las siguientes palabras:

« Señores, dijo, parecia que las desgracias de la patria se habian acabado; pero no es así. Una insurreccion criminal agrava nuestro terrible estado. Un gobierno faccioso se ha instalado en el Hotel de Villa. Que la Francia permanezca tranquila y confiada en sus representantes, pues la fuerza será del derecho. La Asamblea sabrá hacerse respetar y gracias á su energía logrará fundar la República, que comprometen esos insurrectos criminales. »

Estas palabras son muy aplaudidas por la Asamblea.

Después de este discurso M. Jules de Lasteyrie pide que se nombre una comision de quince miembros, que sostendrá al gobierno en las medidas que haya que tomar.

La proposicion se vota por unanimidad y los diputados se retiran á las secciones para nombrar la comision pedida por M. de Lasteyrie.

R. S.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 948.)

La joven labradora supo con dolor que la calumnia que contenia la carta anónima era la sola causa de aquel enlace.

Si Gracia no hubiese creído á Enrique infiel, habria llevado su luto eternamente.

¡Cuánto deploraba su precipitacion!

El pensamiento de aquel matrimonio la era insoportable; y en su desesperacion llegó á preguntar á Jael si no tenia motivo para apelar al suicidio.

Su amiga la calmó lo mejor que pudo.

A instancias de Gracia, Jael pasó la noche en el cuarto con ella.

En realidad, Jael no se atrevia á alejarse de Gracia, porque conocia la exaltacion de su carácter y temia la violencia de su desesperacion. En un momento de extravío habia dicho que no queria unirse sino con aquella mano que se conservaba en las casas consistoriales; estos eran los únicos desposorios que anhelaba.

En la mañana siguiente Gracia pareció mas resignada.

— Después de reflexionarlo, dijo, no creo que obro mal. No será mas ni menos desgraciada casándome con ese hombre. Hago la felicidad de dos personas que merecen ese sacrificio.

La victima se preparó pues, con mucha calma.

Aquel día llegó una carta del doctor Fynes, en la que decia que un ataque de gota le impedia presidir la ceremonia, y que con gran sentimiento tenia que hacerse reemplazar por un joven clergyman.

Esta situacion afligió mucho á la novia.

Fué el primer suceso de aquellas fatales bodas.

Sin embargo, las circunstancias hicieron que Gracia no tuvo ocasion de sentir la ausencia del doctor Fynes.

En tanto que la novia se viste para ir á la iglesia, tenemos que retroceder algunas horas en nuestra historia.

En la ausencia de Jael Dence, M. Raby y su hermana comieron solos.

La primera palabra de Mrs. Little fué para preguntar en dónde estaba Jael.

— Está en Woodbine-villa, contestó M. Raby; ¿lo ignorabais? La boda es mañana.

— ¡Cómo! ¡Jael en esa boda! exclamó la viuda animándose.

— ¿Por qué no? yo tambien pienso asistir á ella.

— Siento saberlo, lo siento mucho.

— ¿Cómo quereis que no asista al casamiento de mi ahijada? Seria hacerla una ofensa.

— Sí ella es vuestra ahijada, Enrique es vuestro sobrino.

— Es verdad: he hecho cuanto he podido para casarlos; pero ya sabeis de dónde ha venido la resistencia.

— Querido Guy, mi hijo hizo muy mal en rechazar vuestro ofrecimiento; pero eso no basta para excusar á esa joven voluble y sin corazon.

— Mi querida Edith, no os apresureis á acusarla, porque es, al contrario, la criatura mas noble del mundo. Me obligais á tomar contra vos la defensa de vuestro sexo. Según vuestra opinion, los hombres son ángeles y las mujeres demonios.

— ¿Acaso Enrique se va á casar con otra?

— No, que yo sepa.

— En ese caso ¿qué excusa puede tener la conducta de su prometida? La escribí pidiendo una explicacion y me ha contestado: « Perdonadme y olvidadme. » No,

nunca la perdonaré, y si la olvido, será despues de haberla despreciado.

— Mi querida Edith, repuso muy Raby, no os irriteis, que algun dia sentireis el haber sido tan cruel con esa pobre joven.

Estas palabras, pronunciadas con voz conmovida, hicieron una viva impresion en Mrs. Little.

— Guy, exclamó al cabo de una pausa, decidme la verdad. ¿Se ha portado mal Enrique con Gracia? ¿Cuándo y cómo han reñido? Es extraño que no haya yo sabido nada. ¿Por qué se marchó de Inglaterra sin decírmelo? En todo esto hay algun misterio... Si no os conociera creeria que me engaiais... Bajais la cabeza... ¡Oh! No quiero afligiros, no os haré mas preguntas; pero...

Mrs. Little se retiró temprano; pero no fué para dormir. Pasó una noche muy agitada, comentando todas las palabras, todas las miradas, todas las circunstancias que la habian parecido misteriosas desde que vivia en Raby-hall, y entregándose á toda clase de conjeturas.

Siniestros presentimientos agitaban su espíritu turbado.

Rendida de cansancio acabó por cerrar los ojos; pero se levantó muy temprano, salió y encontró en el vestíbulo á M. Raby que marchaba á la boda.

Mrs. Little pidió á su hermano que la llevara á Hillsborough, y aunque el squire vaciló un instante, por fin cedió.

Llegados á la ciudad, Mrs. Little se apeó en la plaza del Mercado y allí tomó un coche de alquiler y marchó á la fábrica de la Estrella, en donde preguntó por el contraamaestre Bayne.

M. Bayne estaba vestido de luto sentado á su mostrador. Al ver á Mrs. Little se estremeció y echó una mirada de sorpresa á su vestido de color.

— M. Bayne, dijo la viuda, quiero haceros una ó dos preguntas.

— Sentaos, señora, contestó el contraamaestre con el mayor respeto. Esperaba vuestra visita ó la de vuestro agente. Mis cuentas están corrientes y creo que os parecerán muy claras.

— No vengo por eso, no se trata de cuentas; mi hijo tiene en vos la mayor confianza y eso me basta.

— Mil gracias. M. Little me honraba en efecto, con su confianza, y hasta con su amistad; yo era para él mas que un empleado, un hermano. ¡Ah! No encontraré otro igual.

Y el honrado Bayne se volvió para enjugar una lágrima.

Este enternecimiento que Mrs. Little no comprendió, aumentó sus recelos.

Sin parecer que lo observaba, prosiguió con tono grave:

— Seguramente sabeis que hoy hay una boda en la ciudad, se casa miss Garden.

— No lo sabia, y á la verdad, me parece bien pronto; no puedo creerlo.

— Nada mas cierto: se casa con un M. Coventry. Habladme con franqueza, M. Bayne; vos, que poseiais los secretos de mi hijo, ¿no podriais decirme si hubo algun desacuerdo entre él y miss Garden?

— Lo ignoro. En los últimos tiempos veia yo muy poco á M. Enrique, pues apenas salia de la fábrica pequeña á la orilla del rio. ¡Ojalá no hubiese nunca puesto allí los piés! Pero no creo que haya dado jamás á la señorita el menor motivo de queja... No se doblegaba ante sus enemigos, mas con las mujeres era un corde-ro... ¡Ah! ¿Cómo que se casa? ¡Qué quereis! Así es el mundo. Sin embargo, me extraña, porque la queria sobremedera... Me parece que la estoy viendo interrogando á unos y á otros y mandando hacer pesquisas. Dios sabe el dinero que eso la ha costado. ¡Cuántas veces la he visto de pié á la orilla del agua con los ojos fijos en los hombres que sondeaban el rio! Cuando descubrieron los tristes restos, se cayó desmayada, la llevaron á casa de su padre y muchas semanas pasó entre la vida y la muerte... Pero todo esto lo sabeis ya, perdonadme que renueve vuestros dolores.

Mrs. Little se habia puesto muy pálida mientras hablaba M. Bayne.

Sin embargo, aunque comenzaba á adivinar el sentido, afectó la mayor calma, y con mucha astucia hizo hablar al contraamaestre.

Entonces supo que habia habido en la fábrica una espantosa explosion, que recogieron á Jael casi muerta, y que poco tiempo despues encontraron en el rio un brazo y una mano que reconocieron como pertenecientes á Enrique.

A esta horrible revelacion, la viuda lanzó un grito, su cabeza cayó hácia atrás y permaneció un rato insensible.

El pobre Bayne, desolado al ver el efecto que habia producido con su imprudencia, se arrancaba los pelos mientras trataba de calmar á la pobre viuda.

Quando la infortunada madre recobró el sentido, se levantó lentamente pálida como una muerta, y apoyándose en el respaldo de la silla, dijo:

— Llevadme á ver esos restos.

— Por amor de Dios, señora, respondió Bayne, no lo querais.

— Lo quiero. ¿Creeis que me fio yo de ojos que no sean los míos?

Bayne no podia resistir, y mas muerto que vivo llevó á Mrs. Little á las casas consistoriales.

Quando la pobre madre vió la manga del vestido, tembló como una hoja en el árbol.

Presentáronla el frasco en donde estaba conservado el brazo y volvió la cabeza.

Poco á poco fué fijando la vista en el fatal objeto y de repente, despues de haberle contemplado un instante, exclamó:

— ¡No es mi hijo!

Mrs. Little se transformó al pronunciar estas palabras. Habia recobrado todas sus fuerzas con la feliz certeza que acababa de adquirir.

Despedirse de M. Bayne y llegar á casa del doctor Amboyne fué cosa de algunos momentos.

Una vez en presencia de su amigo, entró en la cuestion sin preámbulos.

— Me estais engañando hace mucho tiempo con respecto á mi hijo, y á la verdad os hallais en un error... Decidme, doctor, ¿le creeis muerto?

El doctor, alarmado y confundido, bajó la cabeza.

— ¿Os fundais en el brazo que se encontró en el rio? Pues habeis de saber que no es el suyo. Enrique fué vacunado en el brazo izquierdo, cuando niño, y en él lleva la marca. Tiene manchas en las uñas de dos dedos de la mano izquierda y una verruga en el dedo pequeño de la misma mano, y ninguna de estas señales aparece en el resto humano que me han presentado. Además, sus dedos no son gruesos ni toscos, sino que la mano es la mas delicada que puede tener un hombre aunque trabaje como obrero. En suma, no es la mano de mi hijo. Todos vosotros estais ciegos, y lo mas extraño es que hayais querido cegar á la única persona que tiene ojos y habria podido desengañaros.

El doctor estaba demasiado contento al oír estas noticias para sentir las reconvencciones que las acompañaban.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó; reñidme cuanto querais, mi querida amiga, que bien lo merezco. Sin embargo, no nos apresuremos á cantar victoria. Hay aquí un misterio y es que vuestro hijo no haya escrito á nadie una palabra despues del suceso. De todos modos, yo comienzo á tener esperanzas, Edith, tengo que ir inmediatamente á Woodbine-villa. Gracia no debe casarse en la ignorancia de lo que yo acabo de saber. Creedme, no se casará con Coventry en cuanto pueda tener la menor duda acerca de la muerte de Enrique. Excusadme pues, el tiempo urge.

Amboyne pidió á Mrs. Little que se extendiera en un canapé y abrió la ventana, pues por una reaccion muy natural la pobre viuda se desmayaba, y confiándola á los cuidados de su sirvienta tomó su sombrero y se alejó rápidamente.

A la puerta de su casa encontró al cartero que le entregó una porcion de cartas, pues el doctor tenia mucha correspondencia, y habiéndolas metido en su bolsillo, sin mirar los sobres, entró en un coche y se fué á Woodbine-villa.

El camino era un tanto pendiente y el carruaje no andaba de prisa.

Amboyne sacó la cabeza por la portezuela y estimuló al cochero ofreciéndole un soberano de propina.

El cochero sacudió al caballo, que tomó su paso mas ligero, aunque el doctor impaciente creia viajar á paso de tortuga.

Llegado á la casa, llamó á toda prisa y se presentó Lally.

— Quiero hablar á miss Garden, le dijo.

— Entrad, respondió el irlandés, no tardará en venir. El doctor entró en el comedor.

La mesa estaba puesta, una mesa espléndidamente adornada y llena de flores para el almuerzo de boda; pero aun no habia nadie y un profundo silencio reinaba en la casa.

Un siniestro presentimiento agitó al doctor.

Se volvió al vestíbulo, en donde encontró á Lally, y le preguntó:

— ¿Han ido á la iglesia?

— Ciertamente, respondió el criado de Coventry con la mayor sangre fria.

— ¡Bruto irlandés! ¿Por qué no lo has dicho antes?

— ¿Por qué no te lo he dicho? murmuró Lally entre dientes, en tanto que el doctor volvia á salir como un loco, porque he comprendido que habia algo, y un minuto vale mucho.

Amboyne con su voz estentórea llamó al cochero que se alejaba; pero el cochero, como la mayor parte de sus semejantes, era un poco sordo y un poco ciego. El pobre doctor tuvo que correr á él, lo que le dejó sin aliento.

— ¡A la iglesia de San Pedro, y á galope! gritó entrando en el carruaje. Otro soberano si llevo pronto.

Esta vez la velocidad era mas fácil, en razon á que el camino era una bajada.

Al cabo de algunos minutos el vehículo se detuvo á la puerta de la iglesia.

Amboyne se apeó, dijo al cochero que le esperase y penetró en el santo edificio.

Al primer paso que dió se detuvo.

Los novios bajaban ya de la nave seguidos de todos los convidados.

Gracia, vestida de blanco, con su corona y su velo de novia, se apoyaba en el brazo de Coventry, en cuyas facciones se pintaba una alegría insolente.

Amboyne apenas tuvo tiempo de apartarse para que pasaran.

Largo rato hacia ya que habia desfilado la boda, y él seguia allí inmóvil, sin saber si dormia ó estaba bien despierto.

Por fin se dirigió hácia la sacristía, en donde halló al sustituto del doctor Fynes.

— ¿De veras están casados? le preguntó.

El eclesiástico le miró estupefacto.

— Creo que mi ministerio no es cosa de broma.

— Dispensad mi extraña pregunta, dijo el doctor, que parecía absorbido en sus meditaciones.

— ¿Tengo el honor de hablar con el doctor Amboyne?

El doctor saludó maquinalmente.

— ¿Supongo que os encontrareis en el almuerzo?

— ¡En el almuerzo!

— ¿Seguramente estais convidado?

— Sí.

Y sobre eso el clergyman, un tanto sorprendido, se despidió del doctor y corriendo á un coche que le esperaba á la puerta de la sacristía, se encaminó hácia la casa de la novia.

Amboyne le siguió lentamente.

— A Woodbine-villa, le dijo; ahora no tengo ya prisa.

En el camino Amboyne consideró la situación con calma y se dirigió mentalmente esta pregunta: « Si hubiera llegado á tiempo ¿ habrían impedido la boda mis noticias? » Seguramente la habrían retrasado, se contestó á sí mismo; pero á la larga M. Coventry, M. Garden y los amigos de Gracia no habrían dejado de decir que si la muerte de Enrique Little no estaba probada, nada probaba tampoco que estuviese en vida, y que aun dado este caso, es seguro que la había abandonado, puesto que había pasado meses enteros sin escribir una línea.

El doctor se resignó pues, aunque no sin lanzar un suspiro de sentimiento.

Entonces se acordó de sus cartas; era el único momento que quizás tendría aquel día para leerlas.

La tercera que sacó del bolsillo traía un sello americano, y apenas la hubo abierto, dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Corrió á ver la firma y leyó el nombre de Enrique Little.

(Se continuará.)

Una expedición á San Miguel del Fay.

(Continuación. — Véase el número 948.)

Doce días de vigorosa resistencia no debilitaron el ánimo de Moncada, que dió dos asaltos infructuosos al castillo en los cuales pereció la flor de sus hombres de armas.

Al décimo tercer día y al tercer asalto, don Guillen se apoderaba de la fortaleza y del mismo Nuño Sanchez, y aquella misma noche partía un paje de Moncada para el castillo de Cervellon con encargo de entregar á su castellana la espada del conde Rosellon y una trenza de rubios cabellos.

En el entretanto el rey Don Jaime viendo el poco efecto de su carta y la desobediencia de don Guillen, declarábale rebelde, y reuniendo toda su gente de Aragón, y cayendo sobre las tierras de Moncada, tomábale ciento treinta fortalezas entre torres fuertes y castillos de homenaje y ponía un cerco de tres meses á su castillo.

Pero estaba ya á la sazón dentro de él Guillen de Moncada con ciento treinta caballeros de los suyos, y por lo mismo no solo no consiguió el rey apoderarse del fuerte, sino que en uno de los asaltos que le diera, vió perecer á su tío el conde don Sancho, viejo hermano del rey Don Pedro.

Vióse, pues, precisado á levantar un cerco que tanta pérdida de buenos caballeros le causaba, y por las crónicas sabemos que algunos meses mas tarde, arregladas ya las disensiones entre los dos bandos, el rey perdonaba á Moncada y le restituía las tierras á él y á los suyos, haciéndoles merced de veinte mil morabatines en recompensa de los daños que le había causado.

El lector que haya tenido á bien leer todo lo que llevamos escrito, no extrañará nuestra profunda veneración por lo poco que de Moncada resta, pues los once alegres camaradas que discurrían por entre las amontonadas piedras, buscando vestigios de un torreón ó restos de una muralla, mas bien que las ruinas de un castillo, recorriamos las páginas de una historia.

Y de una historia de Moncadas, es decir, de una historia de dramas con héroes *byronianos* y escenas *shakesperianas*.

Llegó un momento, sin embargo, en que tuvimos que doblar la hoja de los recuerdos y renunciar á las investigaciones arqueológicas.

Se hacía tarde y estábamos calados hasta los huesos por la menudísima lluvia que no había dejado de caer y penetrar hasta nuestras carnes, á pesar de los encomiados gabanes de montaña prescritos por la circular.

No obstante, se podría apostar á que ninguno de nosotros había hecho caso, cuando un recio chubasco, que fué repentinamente á sorprender á Camprodon, Tenorio y Helguero en medio de una improvisación y á Laméyer, el pintor-poeta, en el acto de ir á sacar un bosquejo de las ruinas al abrigo de un pequeño cober-

lizo; cuando un recio chubasco, decimos, nos aconsejó una prudente retirada.

Los tres poetas pensaron cuerdamente que sería mejor concluir la inspiración en el coche.

El pintor guardó su lapiz prometiendo volver en mejor ocasión á buscar lo único que se puede hallar ya en el castillo de Moncada: un recuerdo.

Verdad es que ese recuerdo es un tesoro.

Bajábamos ya la colina, cuando se me ocurrió á mí exclamar:

— ¿Y la cueva?

— ¡Ah! ¡sí, la cueva! No hemos visitado la cueva, gritó al punto el entusiasta pintor.

Camprodon se puso al momento á talarear:

No te acerques, no te acerques á la cueva,
Porque en ella, porque en ella está el dragon.

Habían acudido á su buena memoria esos dos primeros versos de una canción popular sobre la caverna de Moncada, con la cual duermen las aldeanas del llano á sus hijos.

— Pero *si hácia la parte de Oriente*, exclamó sentenciosamente Botella y Belda que recordó también estas palabras de Píferer, « se abre á vuestros piés la boca de una negra caverna, guardaos de entrar en ella, pues según fama cruzan sus oscurísimas y profundas galerías altas y blanquecinas visiones; y percíbese á lo lejos el sordo murmullo de un lago misterioso que rueda sus turbias olas por entre aquellas peñas que nunca vieron la luz. »

Acaso estas citas solo hubieran conseguido avivar la comun curiosidad, si lo avanzado de la hora y la lluvia que empezaba á caer en abundancia no hubiesen hecho optar á la mayoría de la caravana para ir á buscar un refugio en el carruaje.

Partimos, pues, de Moncada sin visitar esa misteriosa caverna tan celebrada y á la cual van anexas tan raras consejas.

Asegúrase que esa cueva baja desde lo alto de la colina al llano, pasa por bajo el río Besós, y rozando los cimientos de Santa Coloma de Gramanet y San Adrian se abre paso por entre unas peñas á orillas del mar. Entre Badalona y Mongat se muestra al menos un agujero que dicen ser la otra boca de esa caverna.

En varias y diferentes épocas, hombres valerosos han intentado atravesar ese camino subterráneo, pero todos se han arredrado antes de entrar ó á la mitad del pasaje; y aun es fama que tres mozos resueltos que decidieron una vez atravesarlo á toda costa, tuvieron que retroceder mal de su grado, contando despues que les habían interceptado el paso visiones y fantasmas que les siguieron en su fuga picándoles los talones.

En la capilla de Moncada se conservó por mucho tiempo una tablilla en memoria de ese suceso, junto á la ofrenda que los tres consagraron á la Virgen, á cuya intercesión contaban que habían debido su milagrosa salvación.

Lo cierto es también que el sabio cronista catalan Gerónimo Pujadas, quiso una vez penetrar en la caverna habiendo subido al castillo con ese objeto, pero confiesa con aquella ingenua sencillez en él característica, que hubo de arredrarse y desistir del que llama su temerario intento, primero por haberle acudido á la memoria las muchas cosas que oyera contar, y despues por el asombro que le causó ver su entrada y precipicio.

De todos modos, si efectivamente, como se da por cierto, la caverna del castillo de Moncada tenía comunicación con la orilla del mar, cosa que concuerda perfectamente con la tradición de doña Beatriz y del caballero Guillermo de San Martin, ya es entonces mas fácil comprender la fortaleza y resistencia de ese castillo que podía ser abastecido por un medio ignorado de los moros que consumieron sus huestes en el cerco.

V.

CALDAS DE MONTBUY.

Empezaba á anoecer cuando penetrábamos en la larga y tortuosa calle de Caldas de Montbuy, la célebre villa de las aguas termales, al alegre son del *Mambrú se fué á la guerra*.

Y era que por el camino habíamos estado todo lo mas filarmónico que puede darse, excepto en los breves intervalos en que un curioso ó pintoresco punto de vista, que los hay en abundancia, atraía nuestras miradas.

Un jóven y conocido artista de voz sentimental y expresivo canto, Enrique Helguero y Camprodon el poeta, habían pasado revista durante el tránsito á Bellini, Rossini y Verdi, despues habían seguido las árabes *cañas*, hubo un intermedio de himnos nacionales, y estábamos en el capítulo de los cantos populares y del *Triste Chactas!* cuando divisamos á *Aguicaldenses*, la estipendiaria un día de Adriano.

Esta población, que trocó despues de los romanos su nombre por el de Caldas, encierra pocos recuerdos históricos para el poeta, pero guarda preciosas memorias de unos bellos días de sol para el que estas líneas escribe.

Sin embargo, como al lector poco pueden interesarle unas memorias, envueltas también por lo demás en el

sudario de los años, pasaremos á los recuerdos históricos que son pocos, pero bellos.

Caldas de Montbuy era ya famosa entre los romanos por sus aguas termales, y las épocas que se han sucedido han dejado impresas en ella sus inequívocas huellas.

Roma conquistadora, la que esparció por todos los rincones de la tierra sus soldados y sus arquitectos, la que á todas las naciones dictó leyes y en todas alzó templos, ha dejado la primera en Caldas de Montbuy fragmentos de columnas, lápidas incrustadas en sus paredes y unas gradas subterráneas que, halladas en la plaza en diversas excavaciones, atestiguan la existencia en aquel sitio de unos baños romanos.

La edad media, esa época de poesía y de guerra, de oro y de hierro, ha dejado allí también para representarla dignamente varias torres en casas particulares; la llamada *Torre roja* á poca distancia de la villa; la casa del príncipe de Nicemi, antes Vallgornera, con su portal semicircular de labrada piedra, su patio cuadrado con una galería de piedra en torno, sus ventanas con graciosos dibujos, y el escudo de la familia esculpido en el brocal de un pozo que hay al pié de la escalera: por fin, un majestuoso edificio á cien pasos de la población, perteneciente en la actualidad á doña Rosa Boet. Es cuadrado; al N. y al E. tenía dos torres cuadradas también, y decimos tenía, por que solo queda una, aunque se conservan vestigios de la otra. Las ventanas de este edificio, unas son sencillas y graves, otras cuajadas de adornos que rivalizan en gracia y en belleza; en una vimos en un lado un caballero encima de un dragon y en el opuesto una grulla devorando una serpiente; en otra puede verse un duque ave en actitud de volar, y á los lados dos guerreros con la cabeza cubierta con un casco. Tiene en el interior un patio grandioso; la torre que se conserva posee tres órdenes de alfileras y la parte del edificio en dirección de S. al N. extiende sin ventanas, una cortina de pared que pudo muy bien haber rematado en almenas.

La tradición nos dijo por boca de nuestro cicerone (que fué el jóven y apreciable abogado don Francisco de Paula Forná á quien quiso nuestra buena suerte hacer encontrar allí) que este edificio había pertenecido á los condes de Barcelona y sido una de sus casas de recreo.

Ahora bien, ya se sabe que las casas de recreo de aquella época y en particular las de nuestros guerreros condes, eran castillos.

En 1834 un incendio consumió el interior de este edificio, que lucía, según dicen, unos artesanos del mas exquisito gusto.

También los árabes cuando vinieron á escoger nuestros jardines para sus serrallos y nuestros templos para sus mezquitas, hubieron de dejar en Caldas de Montbuy el sello de su dominación. En algunas casas vimos ventanas puramente árabes y en la calle llamada de Barcelona se elevan unos arcos lisos en forma de herradura, que son indisputablemente del mismo género, y que se presume formaron asimismo una especie de lonja en donde se reunían los judíos para la venta de sus géneros. Es fama que junto á esos arcos había una sinagoga que ha dejado su nombre á la calle contigua.

Finalmente, era imposible que el renacimiento no dejara allí del mismo modo la huella de su paso. En efecto, la iglesia parroquial de género plateresco y de columnas salomónicas, revela aquella época, y es obra, según se cree, de un hijo de la población llamado Miguel Fiter.

Caldas de Montbuy cuenta con orgullo un privilegio. En 1441 le fué concedido por doña María y confirmado por don Alfonso en Castelnovo de Nápoles el ser brazo y calle de Barcelona, considerando á los habitantes de dicha villa como si tuvieran casa y hogar en dicha ciudad.

Era ya de noche cuando á nuestro regreso de hacer las investigaciones, que ligeramente acabamos de apuntar, entramos en la iglesia que no tiene cosa notable como no sea en su fachada unas columnas envueltas en hojas de pámpano con racimos de uvas perfecta y finalmente trabajadas. Sostienen estas columnas una capillita vacía, en cuyos lados se ostentan dos leones de bella y arrogante apostura puestos sin duda allí como guardas de la ausente imagen.

Parece que los dignos vecinos de la villa de Caldas deben profesarles particular afición á los leones.

También es un león el que en la plaza arroja por su abierta boca el chorro de agua hirviendo que constituye la verdadera riqueza de la población.

Pero á lo que los buenos habitantes han profesado singular afecto y veneración, es á una imagen que apellidan *La sacra y santa Majestad de Cristo*, que ostenta en la frente una corona imperial, cruza su pecho de izquierda á derecha con una banda, y viste una clámide que le llega hasta las rodillas; banda y clámide están sembradas de raras figuras y fieras, entre las que dominan también los leones. Está la imagen puesta en cruz con un clavo en cada pié, y ocupa un camarín fabricado á expensas de la familia Sagrera.

Son varias las tradiciones que sobre la imagen se cuentan. La mas probable es la siguiente. Una comitiva de gente extranjera llevaba la imagen, y en el punto donde encontraban trabajo, mientras ellos se dedicaban á sus faenas, la dejaban depositada en la iglesia. Se cree que esa gente errante pertenecía á uno de los partidos vencidos de Bohemia en las guerras suscitadas por el cisma de Gerónimo de Praga y de Juan de Huss. Habiendo llegado esa banda de bohemios á Caldas y

dejado la imagen en la iglesia, cuando fueron por ella para volver á empezar sus aventureras correrías, no pudieron levantarla por haberse aumentado extraordinariamente su peso y vieron obligados á dejarla. Sin embargo, mas adelante un solo clérigo la levató y trasladó detrás del altar mayor donde quedó hasta 1690, en cuyo año por razon de un milagro atribuido á esta imagen y obrado á favor de una señora principal de la casa de Sagrera, fué trasladada al camarín que hemos indicado, construido á expensas de dicha señora.

En la capilla de esta majestad se ven dos tumbas, la una magnífica, sembrada de armas y timbres. Pertenece á la familia Sagrera.

La otra no tiene mas que una losa modesta y sencilla, sin adornos de ninguna especie, pero encierra una gloria de Caldas, guarda los restos de uno de esos probos y famosos consellers catalanes, que á pesar de verse grande y poderoso, quiso dormir en el pobre suelo de la madre patria y cavar su sepultura al pié de la imagen de su devocion.

El epitafio de esta tumba dice así

Aquí jau Joseph Aparici, fill de esta vila, ajudant de Tesorer de Catalunya, despues geógrafo del rey y autor del mapa ó nova descripció del Principat, essen conceller quart de la ciutat de Barcelona, lo any 1699, asisti junt ab altre conceller en forma de ciutat á la traslació de esta santissima imatge en la pt. Capella.

Mori en lo dia 16 de Decembre any 1731 y mandá construir aquest vas per ell y los sens, ab lo

EPITAFI.
QUE VEURÁS.
JO ERA COM TÚ
Y TÚ SERÁS COM JO.
DÍGASME
DEU LE PERDÓ.

Los apuntes biográficos del conseller José Aparici fueron recogidos á costa de afanes y con un celo loable por el mismo jóven letrado señor Forns, de quien hemos hablado mas arriba, el cual al publicarlos en un periódico literario y al ensalzar el famoso mapa de Aparici, que en el punto en que señala Caldas de Montbuy, pone *patria del autor*, exclama inspirado por un juvenil arraque: « ¡Buen hijo, que siendo rico y grande no negó á su madre andrajosa y desconocida! »

Al salir de la iglesia tuvimos ocasion de ver dos medallones romanos de los encontrados en las excavaciones de la plaza y en el sitio donde se supone haber estado los antiguos baños.

En el uno y en su anverso se ve la cabeza de Augusto con corona de rayos á la derecha y al rededor *Divus Augustus Pater*.

En el reverso un ara adornada con bucranios, verbenas, escudo y lanza. Encima una palma y á los lados c. v. t. t. *Colonia Victrix Togata Tarrago*.

El otro medallon es un Antonino Pio. En el anverso cabeza á la izquierda laureada. Al rededor... ONINUS



DE PARIS Á MEAUX DURANTE EL ARMISTICIO. — Taberna establecida en Lagny por judíos alemanes.

AUG. PLUS PP. TRP. — Antoninno. Augustus Pius Pater Patriæ Tribunitia Potestate.

En el reverso, la paz con el cuerno de la abundancia en la mano izquierda y en la otra una haz encendida quemando las armas y los despojos de los enemigos. PAX. AUG. — Pax Augusti — s. c. Senatus consulto. Al rededor cos. iii. Consule quarto.

Tambien en una pared de la iglesia se ve una lápida con caracteres bastante bien conservados que dice:

*Apolloni Sancto
L. V. Alcionis.*

Y no muy lejos vimos otra cosa que no nos fué fácil leer.

Mientras en recorrer todos estos monumentos andá-bamos curiosamente ocupados, dos de los nuestros, Miguel Tenorio y Camprodon, desaparecieron como por encanto.

Poco curiosos en aquel momento de antigüedades, y muy solícitos de apresurar los goces de la comida,

nos habian abandonado para precedernos en la casa de baños que nos hospedaba, la de Sagrera, otro de los diez ó doce establecimientos que posee la villa, notable por su aseo, curiosidad y servicial agrado.

Cuando llegamos, los encontramos á los dos, poeta y soldado, utilizando sus prácticos estudios en el condimento de unas veinte docenas de ostras, que el poeta aseguraba ser el manjar de los dioses cantado por Virgilio.

En tanto que terminaban los preparativos de la deseada comida, yo logré escabullirme dulcemente y sin que mi ausencia fuera al pronto notada.

Tenia por mi parte que ir á visitar un monumento, pero solo, acompañado todo lo mas de la amargura de los recuerdos en el alma y de las lágrimas de la muda desesperacion en los ojos.

Me encaminé á la calle del Forno.

La luz de mis recuerdos me iluminaba lo suficiente para no equivocarme con otra alguna una casa cuya antigua fachada me representaba perfectamente con su portal semicircular, su saliente cornisa, sus ventanas de la edad media de esbeltas y atrevidas columnitas en el

centro, su banco de piedra en la puerta, del cual no habia nunca memoria se hubiese echado á un mendigo, su ventana enrejada al lado, en la que cien veces habia yo atado mi pobre fatigado caballo, y por fin su labrado cancel con campanillas, abierto el cual, se veia en el fondo un delicioso jardin de regaladas brisas y de gratos sombrajes...

Laméyer, el admirable pintor, me habia ofrecido dibujarme esta fachada, pero queria yo visitarla antes que su lápiz trasladara la imagen al papel.

¡Ay! sin embargo de que ninguna circunstancia se me habia olvidado, en vano recorrí veinte veces la calle.

La casa habia sido remozada. Como un precioso jarro del cual arrojan las flores marchitas y sin olor para en galanarlo con nuevas y perfumadas flores, su antigua y expresiva fachada habia hecho lugar á otra risueña y coqueta. La apariencia no era la misma, aunque continúa siendo la misma la hospitalidad.

Temí que tambien su interior hubiera sufrido la misma trasformacion y no entré.

Por otra parte, ¿ á qué entrar?... ¿ á qué precipitar-

me en busca del torcedor de los muertos recuerdos, cuando al día siguiente debía subir á San Miguel del Fay, y encontrar en cada árbol la cifra de un nombre grabado en ellos ocho años atrás por mi trémula mano?...

Todo esto me habia ocupado algun tiempo.

Cuando entré en el comedor de casa Sagrera, encontré á toda la caravana en alarma y la comida retardada un cuarto de hora por mi causa.

Campron se desesperaba asegurando que su *manjar de los dioses* no valdria nada como se tardara dos minutos mas en comerlo.

Tenorio el poeta me escribia una fábula titulada: *el Ruiseñor perdido*, cuyos consonantes le suministraba Joaquin Helguero.

Tenorio el soldado, miraba ya perdido todo el efecto de sus estudios culinarios adquiridos en tantos años de campaña.

Botella y Belda proponia que se me hiciera llamar por el pregonero.

Llano, el intrépido marino, decia no poder ser otra cosa mi ausencia sino el haber caido en el fondo de una cala.

En cuanto á los demás estaban todos rodeando á un servidor de la casa llamado Manresa, mas sagaz de lo que parecia, y el cual aseguraba cándidamente que el leon de la plaza se me habia tragado, contra el parecer de Moyano que afirmaba ser yo un manjar indigesto para los leones.

Pero en fin, llegué y todo fué olvidado, sustos y zozobras. Recibiome un *hurra* general, hijo mas bien que de mi presencia, del deseo de comer pronto, y nos sentamos á la mesa, donde despues de haber probado *el manjar de los dioses*, proclamamos en alta voz y como primeros artistas culinarios del orbe, al poeta y al soldado.

VI.

LA TORRE ROJA.

La conversacion, ese Proteo de mil formas, esa hada fantástica, que al igual de la *pálida mors* de Horacio, lo mismo penetra en la mas misera cabaña que en el mas lujoso palacio, la conversacion, cosa rara por cier-

to tratándose de once alegres huéspedes, empezaba á languidecer y á morir.

Contra la costumbre española, los postres eran tristes, sin embargo de haber estado animada toda la comida.

— Señores, dijo de pronto Riba el financiero...

Antes de pasar adelante, para inteligencia de los buenos lectores que sin menearse de su butaca han tenido á bien seguirnos en nuestra expedicion á San Miguel del Fay, haciendo con leve diferencia lo que M. de Maistre que dió la vuelta al mundo dándola por su cuarto; antes de pasar adelante, repetimos, es fuerza que les iniciemos en ciertas particularidades, ya que se han visto obligados á trabar relaciones con los once compañeros de viaje, y á fijar sus ojos en nombres y apellidos, famosos cada uno por su estilo en nuestros salones y algunos de los cuales repite muy á menudo y muy particularmente el eco de los galantes círculos.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)



DE PARIS Á MEAUX DURANTE EL ARMISTICIO. — Los prusianos embalando muebles.

De Paris á Meaux

DURANTE EL ARMISTICIO.

(Conclusion. — Véanse los números 947 y 948.)

Antes de las cinco nos dirigimos al ferrocarril que debe llevarnos de Lagny á Meaux; pero esta vez tambien fueron defraudadas nuestras esperanzas.

El jefe de la estacion, un oficial con anteojos, cosa inaudita en el ejército alemán, nos dió una respuesta evasiva alegando la falta de wagones y la imposibilidad de darnos puesto en un tren especial de la tropa.

El oficial se gozaba en nuestra rabia contenida difícilmente, envolviéndose en el humo de su enorme pipa de porcelana.

Tomamos nuestro partido y á las seis emprendimos

el camino de Meaux, sostenidos con la esperanza de encontrar algun vehículo hospitalario.

El camino de Lagny á Meaux es de todo punto igual á los que ya hemos recorrido.

Por todas partes hay casas ruinosas y abandonadas; los caseríos que aun están en pié se ven llenos de soldados, y los palacios se han convertido en cuarteles.

En Crecy asistimos al embalaje de todos los muebles de una casa. Estos actos de rapiña se ejecutan con mucho orden y grandes cuidados. Un oficial toma nota en su cartera de cada uno de los bultos que despues acomodan en largos carros en forma de barcas. Es enorme lo que puede contener cada uno de estos vehículos. ¡Qué de mesas y de relojes y candelabros! ¡Ah! Los alemanes se gozarán cuando estén en su casa entre tales muebles; pero será preciso que olviden el modo que han tenido de adquirirlos.

Llegamos á Meaux, en donde se repite la eterna escena del refrendo.

Las calles, las plazas y las tiendas están atestadas de

tropa. Los soldados de la landwehr se encuentran allí en grande abundancia, y se les vé con un cesto en la mano y el fusil á la espalda haciendo sus provisiones tranquilamente. Su traza es bastante sucia. Su capote, que no han cepillado desde que empezó la campaña, se ha vuelto de color de lodo, y su cabello rubio y abultado cae sobre un cuello de capucha. Casi todos llevan colgando del cinto un par de guantes.

La mayor parte de las tiendas se hallan convertidas en tabernas, siempre llenas de soldados.

El champaña los vuelve locos. Una alemana instalada en su mostrador improvisado les vende aquel vino, con queso, salchichones y huevos encarnados.

Toda esa gente canta, rie, juega, absolutamente como si estuvieran bien establecidos en Francia. Es de esperar que la Francia se vea pronto libre de sus rapaces enemigos.

A. D.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 948).

— ¡Alloá! le gritó á los oídos una voz ronca. ¡Alloá! ¡alloá! ¡Coa! ¡coa! ¡coa! ¿Qué es eso? ¡alloá!

El interlocutor que hizo estremecer al herrero, como si hubiera sido algún ser sobrenatural, era un gran cuervo que se había posado sobre el respaldo de la silla sin ser visto de Varden ni de Eduardo, y que escuchaba con una atención delicada y la mas singular pretension de comprender todo lo que se había dicho hasta entonces, volviendo la cabeza del uno al otro lado, como si hubiese sido llamado para juzgar del caso y fuera de la mayor importancia que debiera enterarse de lo que se trataba.

— Miradlo, dijo Varden vacilando entre la admiración y el temor que le inspiraba el cuervo. ¿Habeis visto jamás un diablo mas astuto? ¡Oh! es un pájaro portentoso.

El cuervo, cuya cabeza estaba inclinada á un lado y cuyo ojo brillaba como un diamante, guardó un pensativo silencio durante algunos segundos, y continuó despues con una voz tan ronca y tan lejana que parecia salir mas bien al través de su espeso plumaje que de su pico y su garganta.

— ¡Alloá! ¡alloá! ¡alloá! ¿Qué es eso? ¡Ea, ánimo! ¡No haya miedo! ¡Coa! ¡coa! ¡coa! Soy un demonio, soy un demonio, soy un demonio. ¡Viva!

Y como si su papel infernal le trasportara de júbilo, empezó entonces á silbar.

— Creo por vida mia que sabe lo que dice... os juro que lo creo, dijo Varden. ¿Veis cómo nos mira? ¿No parece que sabia lo que acabo de decir?

El cuervo, balanceándose en cierto modo sobre la punta del pié y moviendo su cuerpo de arriba abajo como en una especie de danza grave, repitió: «Soy un demonio, soy un demonio, soy un demonio.» y batió las alas sobre su costado como si se desternillara de risa.

Bernabé palmoteó y se puso á saltar y rodar por el suelo en un acceso de entusiasmo y alegría.

— ¡Extraños amigos! dijo el herrero moviendo la cabeza mientras su mirada se dirigía del pájaro al idiota. Creo que el cuervo es el que tiene mas juicio.

— ¡Extraños amigos en verdad! dijo Eduardo presentando un dedo al cuervo el cual, en reconocimiento de esta demostración de amistad, se inclinó para cogerlo con su pico de hierro. ¿Es viejo?

— Es un niño, respondió el herrero; ciento veinte años poco mas ó menos. Bernabé, llámalo para que baje.

— ¡Llamarle yo! dijo Bernabé incorporándose en medio del pavimento y mirando á Gabriel con expresión de asombro al mismo tiempo que se echaba hácia atrás los cabellos esparcidos sobre la cara. ¿Y quién le haría obedecer? El es el que me llama á mí y me hace ir adonde quiere. El va delante y yo le sigo; él es el amo y yo el criado. ¿No es verdad, Grip?

El cuervo hizo oír una especie de graznido breve, afirmativo y confidencial, un graznido muy expresivo que parecia decir: No te tomes el trabajo de iniciar á esa gente en nuestros negocios; nos entendemos muy bien los dos, y esto basta.

— ¡Hacerle venir yo! gritó Bernabé designando el pájaro. ¡El que no duerme jamás, y que lo mas que hace es guñar el ojo! A cualquiera hora de la noche podriais ver sus ojos en la oscuridad de mi cuarto como dos chispas. Cada noche, y esto dura hasta que amanece, está muy despierto. ¿Sabeis en qué se ocupa? Habla á solas, pensando en lo que hará el día siguiente, á dónde iremos, y en qué lugar volará, se ocultará y huirá. ¡Hacerle venir yo! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

El cuervo, cambiando de ideas, pareció dispuesto á bajar espontáneamente. Despues de un rápido exámen del suelo y algunas miradas oblicuas lanzadas al techo y á cada uno de los presentes, revoloteó un momento y se dirigió hácia Bernabé, no saltando, andando ni corriendo, sino con el paso de un elegante pretencioso que con botas excesivamente estrechas trata de pasar muy pronto sobre piedras que ruedan bajo sus piés. Subiéndose despues á la mano que le había tendido Bernabé, y consintiendo en permanecer en el extremo de su brazo, hizo oír una serie de sonidos que podian compararse al glu glu de largos taponos sacados de algunas docenas de botellas, despues de lo cual confirmó con una voz bastante clara su parentesco con el espíritu infernal.

El herrero movió la cabeza, tal vez porque no sabia si aquel animal era pájaro ó demonio, tal vez porque se compadecia de Bernabé que tenia en tanto el cuervo entre sus brazos y se arrastraba con él por el suelo. Cuando levantó los ojos por encima del muchacho, encontró los de su madre que había entrado en el aposento y le miraba en silencio.

Su rostro estaba pálido, hasta sus labios, pero había dominado su emoción y restituido á su mirada su calma habitual.

Varden se imaginó que cuando le lanzó una mirada

se había ocultado de su vista, y que para evitarlo mejor se ocupaba del joven herido.

— Es hora ya de que os acosteis, le decia. Deben trasladaros mañana á vuestra casa, y habeis estado en pié una hora mas de lo que ha mandado el médico.

Al oír estas palabras el herrero se preparó á despedirse.

— A propósito, dijo Eduardo dándole un apretón de manos y mirando alternativamente á Varden y á la viuda, ¿qué ruido era ese que oía abajo? He distinguido vuestra voz en medio del alboroto, y os hubiese hecho esta pregunta antes si nuestra conversacion no me la hubiera quitado de la memoria. ¿Qué ha sucedido?

El herrero le miró y se mordió los labios, y la viuda se apoyó en el sillón y bajó los ojos, mientras Bernabé prestaba atención.

— Algun loco ó algun borracho, dijo por fin Varden mirando fijamente á la viuda mientras hablaba. Se había equivocado de casa y queria entrar aquí por fuerza.

La viuda suspiró mas libremente, pero permaneció en pié y en completa inmovilidad.

Cuando el herrero dió las buenas noches y Bernabé tomó la luz para alumbrarle hasta el pié de la escalera, la viuda le suplicó y le mandó, tal vez con mas viveza y ahinco de lo que exigía tan tenue circunstancia, que no se moviese. El cuervo les siguió para tener la satisfacción de cerciorarse de que todo estaba en orden, y cuando llegaron á la puerta de la calle se quedó en el último peldaño haciendo oír innumerables glus glus de botellas que se destapan.

La viuda desató con mano trémula la cadena, descorrió el cerrojo y volvió la llave, y mientras tenia la mano sobre el pestillo, el herrero le dijo en voz baja:

— Esta noche he mentido en favor vuestro, María, y en favor del tiempo pasado y de nuestras antiguas relaciones, y á buen seguro que por mí no hubiera hecho tanto. Espero que no habré causado mal á nadie. Apenas puedo alejar las sospechas que á mi pesar me habeis inspirado, y os confieso con franqueza que dejo aquí á Eduardo con repugnancia. Tened cuidado de que no le suceda alguna desgracia. La seguridad de esta casa me es sospechosa, y me alegraría de saber que se alejará de ella pronto. Ahora dejadme salir.

La viuda se tapó la cara con las manos y lloró, pero resistiéndose evidentemente al impetuoso deseo que tenia de responderle, abrió la puerta, sin dejar mas espacio que el indispensable para pasar, y le indicó con la cabeza que saliese.

El herrero se hallaba aun en el umbral cuando la puerta estaba ya cerrada con llave y tendida la cadena, y el cuervo, asociándose á estas precauciones, principió á ladrar como un robusto perro de presa.

— No me gusta esta amistad con un personaje de mal aspecto, con un bandido, mientras Eduardo le oye desde su albergue. ¿Y qué diremos de la presencia de Bernabé al lado del herido en la noche de ayer? ¿Seria posible que esta mujer, que siempre ha gozado de la mejor reputación, haya sido secretamente cómplice de tales crímenes? decía el herrero entregándose á sus meditaciones. El cielo me perdone si hago juicios temerarios, y no me envíe mas pensamientos de justicia; pero es pobre, la tentación puede ser grande, y oímos hablar todos los días de cosas que no son mas extraordinarias. Sí, sí, ladra, amigo mio. Aquí hay secreto, y pondría las manos en el fuego para jurar que el diablo se mezcla en lo que está pasando.

VII.

La esposa de Varden era una señora de genio muy veleidoso é indefinible, lo cual significa, hablando con claridad y sin rodeos, que su genio era el mas adecuado para incomodar mas ó menos á todo el mundo. Así pues, sucedía con frecuencia que cuando los demás estaban alegres la señora Varden estaba triste, y cuando los demás estaban tristes la señora Varden tenia arrebatos de alegría sorprendente.

En efecto, la digna herrera era de un carácter tan caprichoso, que no t n solo superaba al genio de Macbeth en su aptitud para manifestar en un momento prudencia y asombro, moderación y furor, lealtad é indiferencia, sino que su voz cambiaba de escala, subía y bajaba en todos los tonos y todos los modos posibles en menos de un cuarto de hora, y en una palabra, sabia manejar el triple campaneo y tocará vuelo los instrumentos impetuosos del campanario femenino con una destreza y una rapidez de ejecución que asombraban á todos los oyentes.

Se había observado en esta señora (que no carecia de algunas gracias personales, porque los hombres la encontraban bella y decían que era una buena moza, aunque de talle corto como su hermosa hija) que su genio inconstante se fortalecía y aumentaba en razon de su prosperidad temporal, y no faltaban personas muy sensatas, hombres y mujeres, conocidos ó amigos del herrero y su familia, que llegaban á decir que una voltereta de varios tumbos en la escala del mundo, como la bancarrota del banco donde su marido colocaba su dinero ó alguna otra desgracia de este género, haría de ella la mujer mas cariñosa y tratable. No me detendré en explicarme esta conjetura bien ó mal fundada, pero es indudable que las almas, lo mismo que los cuerpos, caen con frecuencia en un estado deplorable en que se cubren de pústulas por puro exceso de bienestar, y como ellos se curan á veces con remedios nauseabundos y desagradables al paladar.

El principal auxiliar y el ángel malo de la señora Varden, pero al mismo tiempo la víctima principal de sus iras, era su única criada, la solterona Miggs. La tal Miggs era una muchacha muy aficionada á la presunción en la vida privada, melosa y aduladora, que podia haber nacido con menos fealdad y sin tener una fisonomía tan agria y repugnante, porque su cara era ácida como el vinagre.

En principio general y como mera abstracción, Miggs sostenía que el sexo feo era en extremo despreciable é indigno de la atención del sexo hermoso, y que era inconstante, falso, bajo, necio, inclinado al perjurio y totalmente falto de mérito. Cuando estaba exasperada contra los hombres de una manera particular (lo cual sucedía, segun las lenguas murmuradoras, en los momentos en que mas tenia que quejarse de los desdenes de Simon Tappertit), solía decir que desearia en el alma que todas las mujeres se murieran de pronto para enseñar á los hombres á conocer mejor el valor de estas criaturas celestiales á las cuales dan tan poco mérito. Si, y en el transporte de su patriotismo femenino, llegaba hasta el punto de declarar algunas veces que si pudieran asegurarla un buen número, una suma redonda de diez mil solteras por ejemplo, prontas á imitarla, no vacilaría, para dar un mal rato al sexo masculino, en ahorcarse, ahogarse, darse de puñaladas ó envenenarse con indecible alegría.

La voz de Miggs, fué la que saludó al herrero, cuando llamó á la puerta de su casa con un grito penetrante de: ¿Quién llama?

— Soy yo, muchacha, soy yo, respondió Gabriel.

— ¿Tan pronto, señor? dijo Miggs abriendo la puerta con sorpresa. Precisamente nos poníamos la gorra de dormir mi señora y yo para esperaros. ¡Oh! ¡ha estado tan mala!

Miggs pronunció estas palabras con un aire de candor y solicitud poco comun, pero la sala del comedor estaba abierta de par en par, y Gabriel, sabiendo perfectamente por quién lo decía, le dirigió al pasar una mirada nada satisfactoria.

— Es el señor que vuelve, señora, dijo Miggs entrando en el comedor delante del herrero. Ya veis que os equivocábais y que yo tenia razon. No en vano me figuraba que no nos haría esperar tanto dos noches seguidas; el señor es incapaz de hacer tal cosa. Estoy contenta, señora, por vos. Tambien á mí me rinde el sueño, continuó Miggs lloriqueando; lo confieso ahora, señora, aunque antes os he dicho lo contrario cuando me lo habeis preguntado. Pero no importa nada, señora. ¡Es tan natural la tentación del sueño cuando se pasan las noches sin dormir!

— Hubiérais hecho mejor acostándoos en seguida, dijo el herrero que hubiese deseado que estuviera allí el cuervo de Bernabé para dar un picotazo en la pantorrilla á Miggs.

— Mil gracias, señor, mil gracias, respondió Miggs. No hubiera podido descansar en paz ni pensar en lo que rezaba sin la certeza de que la señora estaba con sosiego en la cama, y hablando francamente, hace ya algunas horas que debía estar acostada.

— Estais hoy muy charlatana, Miggs, dijo Varden quitándose el gaban y mirándola de reojo.

— Os entiendo, señor, dijo Miggs ruborizándose, y os doy las gracias con todo mi corazón. Me atreveré á decir que si os ofendo por mi solicitud para con mi señora, no me excusaré y me daré por muy contenta si me atraigo por esto penas y tribulaciones.

La señora Varden que, con la cabeza cubierta con una enorme gorra de dormir, había estado un tanto ocupada en leer el *Manual protestante*, dirigió en torno suyo la mirada, y para reconocer las hazañas de Miggs su campeón, la mandó que callase.

Cada uno de los huesecillos que Miggs podia tener en el cuello y en la garganta se desarrolló con una plenitud de despecho muy alarmante, y respondió:

— Bien, señora, callaré.

— ¿Cómo estás, querida? dijo el herrero sentándose cerca de su mujer, que había vuelto á tomar el libro, y frotándose rudamente las rodillas mientras hacia esta pregunta.

— ¿Tienes mucho interés en saberlo? preguntó la señora Varden sin apartar los ojos del libro. Lo dudo mucho en un hombre que no ha estado en todo el día á mi lado, y que me abandonará con la misma indiferencia cuando esté en el artículo de la muerte.

— ¡Querida Marta! dijo Gabriel.

La señora Varden volvió la hoja, y leyendo nuevamente de la última línea de la página anterior para cerciorarse de que seguía bien la oración, continuó leyendo como quien estudia con profundo interés.

— Querida Marta, dijo el herrero; ¿cómo puedes decir tales cosas cuando sabes bien que no las piensas? ¿Cuando estés en el artículo de la muerte! Pero si tuvieras la menor indisposición un poco grave, ¿no estarías continuamente á tu lado?

— Sí, dijo la señora Varden prorumpiendo en llanto, sí, estarias á mi lado; no lo dudo, Varden. ¿Y cómo estarias? Como está un gavilán volando sobre su víctima, esperando que hubiese entregado el alma á Dios para poder casarte con otra.

Miggs por simpatía hizo oír un gemido, un gemido débil y breve, comprimido desde su origen y convertido en un acceso de tos. La criada pareció decir: No puedo más; este gemido me lo arranca la horrible dureza del monstruo de mi amo.

— Pero el día menos pensado me destrozará el corazón, añadió la señora Varden con mas resignación, y entonces seremos felices los dos. Mi único deseo es ver

á Dorotea bien colocada, y cuando lo esté, podrás colocarme á mí tan pronto como gustes.

— ¡Ah! exclamó Migss, y volvió á toser.

El pobre Gabriel se pasó la mano por la peluca en silencio durante algunos momentos, y preguntó despues con amabilidad:

— ¿Se ha acostado Dorotea?

— El amo os habla, dijo la señora Varden mirando con severidad por encima del hombro á Migss que esperaba sus órdenes.

— No, querida Marta, hablo contigo, repuso el herrero con la misma amabilidad.

— ¿No me oís, Migss? gritó la tenaz señora dando con el pié en el suelo. ¿Tambien principiáis vos á no hacer caso de mí? Ya se ve, como que os dan ejemplo...

Al oír este cruel reproche, Migss, cuyas lágrimas estaban siempre dispuestas en grandes ó pequeñas dosis, segun los casos, en el mas breve plazo y sin cuidarse de los motivos, se puso á llorar con violencia, apretándose en tanto con ambas manos el corazon como si tan solo esta precaucion pudiera evitar que se hiciera pedazos.

La señora Varden, que poseia la misma facultad en el mas alto grado de perfeccion, lloró formando duo; pero aseguro que Migss no tardó en quedarse atrás, siendo la primera en ceder, de modo que, exceptuando un suspiro que revelaba la secreta intencion de subir de tono, dejó á su ama en posesion del campo de batalla.

Demostrada bajo este punto su superioridad, la señora Varden puso tambien término á su llanto, y quedó abismada en una pacífica melancolía.

El alivio era tan notable y el cansancio de los incidentes de la noche anterior era tan abrumador para el herrero, que inclinó la cabeza sobre su silla, y hubiera dormido allí toda la noche si la voz de la señora Varden, tras una pausa de unos cinco minutos, no le hubiera despertado haciéndole dar un salto.

— Hé aquí cómo se me trata, dijo la señora Varden, no con voz amenazadora, sino con el acento de una cariñosa queja, si estoy de buen humor, si estoy alegre, si me hallo mas dispuesta de lo ordinario al placer de la conversacion.

— De buen humor como estábais hace media hora, señora, dijo Migss. Nunca os he visto tan cariñosa.

— Porque nunca me mezelo en nada, dijo la señora Varden, porque nunca interrumpo, porque nunca pregunto á dónde van ni de dónde vienen, porque no pienso absolutamente mas que en hacer economías y trabajar en interés de esta casa; hé aquí el premio que me dan.

— Marta, dijo el herrero que trataba de hacer ver que no tenia sueño, ¿de qué te quejas? He venido á casa con el mas vivo deseo de gozar de paz y de dicha. Sí, es la pura verdad.

— ¿De qué me quejo? repitió su mujer. ¿Puede darse nada mas frio que ver á un marido bostezar y dormirse en el momento de volver á casa, verle apagar todo el calor de nuestro corazon y arrojar agua fria en el hogar doméstico? ¿No es natural, cuando sé que ha salido por un negocio en el cual me intereso tanto, que desee saber lo que ha sucedido, ó que él se crea obligado á decírmelo sin que se lo pida por amor de Dios? ¿Es natural, si ó no?

— Siento en el alma, Marta, no haber sabido que lo deseabas, dijo el excelente herrero, pues temia por el contrario que tenias mas ganas de dormir que de conversacion. Te lo contaré todo, querida; tendré un placer en contártelo.

— No, Varden, respondió su mujer levantándose con dignidad, no, gracias. No soy una niña á quien se reprende para acariciarla un momento despues; tengo demasiada edad para que se juegue conmigo. Migss, toma la luz. Tú al menos, Migss, estás siempre de buen humor. ¡Eres muy dichosa!

Migss que hasta entonces se habia hallado en los abismos de la compasion mas desesperada, pasó instantáneamente á toda la alegría imaginable, y sacudiendo la cabeza mientras lanzaba una mirada al herrero, se llevó á la vez á su dueña y á la vela.

— ¿Quién creeria, pensó Varden encogiéndose de hombros, y acercando la silla á la chimenea, que esta mujer es á un tiempo amable y arisca, alegre y triste? Y sin embargo, es la pura verdad. ¿Y qué hemos de hacer? Todos tenemos nuestros defectos. No puedo remediar los suyos; hace ya mucho tiempo que somos marido y mujer.

Volvió á dormirse, y cuando hubo cerrado los ojos, se abrió la puerta que conducia á los pisos superiores, y asomó una cabeza que al verlo se retiró con precipitacion.

— Daria cualquiera cosa, murmuró Gabriel despertándose con el ruido y mirando en torno suyo, para que alguien se casase con Migss; pero es imposible. Me admiraria que existiese un hombre bastante loco para casarse con ella.

Este asunto se prestaba á reflexiones tan vastas que el buen herrero prefirió dormir y no se despertó hasta que se apagó el fuego. Cerrando entonces con doble vuelta la puerta de la calle segun costumbre, se puso la llave en el bolsillo y fué á acostarse.

Apenas hacia algunos minutos que el aposento estaba en la oscuridad cuando volvió á asomar la cabeza y entró Simon Tappertit con una luz en la mano.

— ¿Por qué me habrá cerrado el paso hasta una hora tan adelantada? murmuró Simon pasando al taller y dejando la luz en la fragua. Ya es media noche. ¡Maldito oficio!

Sacó entonces del bolsillo izquierdo del calzon una gran llave toscamente fabricada, la introdujo con precaucion en la cerradura y abrió la puerta con sumo cuidado. Tras esta operacion, volvió á ponerse en el bolsillo su obra maestra clandestina, y dejando la luz encendida y cerrando la puerta sin hacer ruido, se deslizó por la calle sin que notara su desaparicion el herrero que dormia con el mas profundo sueño.

VIII.

Luego que se vió solo y libre en la calle, Simon Tappertit dejó sus maneras circunspectas, y tomando un aire de camorrista, de valenton, de calavera que no vacilaria en matar á un hombre y hasta comérselo crudo en caso de necesidad, siguió andando á lo largo de las calles oscuras.

Haciendo de vez en cuando una pausa para palpase el bolsillo y cerciorarse de que llevaba la llave, se dirigió apresuradamente hácia el barrio de Barbican, é internándose en una de las mas estrechas calles que surgian desde este punto céntrico, acertó el paso y se enjugó la frente bañada en sudor.

El sitio no era el mas á propósito para un paseo nocturno, porque gozaba verdaderamente de una fama mas que equívoca y no tenia una apariencia muy halagüeña. Desde la calle principal ó mas bien desde la callejuela donde habia entrado, un pasadizo estrecho conducia á un patio envuelto en tinieblas, sin empedrar y que exhalaba un hedor insufrible de aguas sucias y estancadas. En este terreno de mal aspecto buscó á tientas su camino el aprendiz fugitivo del herrero, y parándose delante de una casa cuya fachada, negra y llena de hendeduras, ostentaba el toscó simulacro de una botella colgada por muestra, llamó tres veces con el pié en una verja de hierro. Despues de esperar en vano una respuesta á su señal, Tappertit se impacientó llamó otras tres veces, y despues de un nuevo intervalo y de llamar nuevamente, el suelo pareció abrirse á sus piés y apareció una cabeza.

— ¿Es el capitán? dijo una voz ronca y desabrida.

— Sí, respondió Tappertit con enojo al mismo tiempo que bajaba. ¿Quién puede ser mas que yo?

— Es tan tarde, que creíamos que no vendriais, repuso la voz mientras el orador se paraba para cerrar la verja. Venís muy tarde.

— ¡Adelante! dijo Tappertit con sombría majestad. No me gustan las observaciones que no autorizo. ¡Adelante!

Esta última voz de mando era tal vez demasiado teatral y supérflua, porque se bajaba por una escalera muy estrecha, pendiente y resbaladiza, y la menor precipitacion, el menor desvío del camino trillado, debia conducir á una cuba llena de agua. Sin embargo, Tappertit, que á ejemplo de otros grandes capitanes, era aficionado á los grandes efectos y á los alardes de dignidad personal, gritó sin vacilar: «¡Adelante!» con la voz mas ronca que pudo encontrar en sus pulmones, y bajó el primero con los brazos cruzados y fruncido el entrecejo, hasta el pié de la escalera de la bodega, donde habia un pequeño caldero de cobre en un rincon, una silla ó dos, un banco y una mesa, un fuego que no brillaba mucho, y una cama de ruedas cubierta de una manta llena de remiendos.

— ¡Salud, noble capitán! gritó un hombrecillo flaco y pequeño levantándose como si se despertara.

El capitán hizo un ademan con la cabeza, y quitándose el abrigo, permaneció en pié componiendo su actitud, y con todo el esplendor de su dignidad, lanzó una mirada á su acólito.

— ¿Qué noticias hay esta noche? preguntó mirándole hasta lo mas recóndito de su alma.

— Nada de particular, respondió el otro estirándose (y era ya tan largo que alarmaba el verle estirarse de aquel modo.) ¿Por qué venís tan tarde?

— No os importa, fué la única respuesta que se dignó darle su capitán.

— ¿Está preparada la sala?

— Lo está, respondió su acólito.

— ¿Está aquí... el compañero?

— Sí, y los demás en corto número. ¿Les oís?

— ¡Están jugando á los bolos! dijo el capitán con enojo. ¡Qué cabezas mas ligeras! ¡Solo piensan en divertirse!

No podia haber duda alguna acerca de la diversion especial á que se entregaban aquellos espíritus inferiores, porque, hasta en la atmósfera estrecha y ahogada de la bodega, el ruido resonaba como un trueno lejano.

Y en verdad que á primera vista la eleccion de semejante sitio para tal diversion podia parecer extraña, si las demás bodegas se parecian á la en que habia tenido lugar este coloquio, porque el suelo era de tierra y la pared y la bóveda de ladrillo tapizado de caracoles y limazas, y el aire que se respiraba allí era corrompido y mal sano. Se hubiera creído, á juzgar por cierto humillo pronunciado que dominaba entre los diversos olores que se percibian, que habia servido en una época poco remota de almacen de quesos; circunstancia que explicaba la humedad grasienta esparcida en todas partes, al mismo tiempo que hacia nacer en la mente la grata idea de los ratones, aficionados al queso. El sitio era además naturalmente húmedo y se veian salir pequeños hongos de todas las grietas.

El propietario de tan precioso albergue, al cual pertenecia una cabeza escabrosa cubierta con una peluca vieja, tan desnuda y sucia como una escoba fuera de

uso, se habia acercado á los dos interlocutores, aunque manteniéndose á respetuosa distancia, frotándose las manos, moviendo la barba erizada de cerdas blancas y sonriéndose en silencio. Tenia los ojos cerrados, pero aun cuando hubiesen estado abiertos, se habria podido decir fácilmente que era ciego, segun la atenta expresion de su rostro vuelto hácia ellos, rostro pálido y macilento como debia esperarse en un hombre condenado á una existencia subterránea, así como por cierto temblor inquieto de sus párpados remangados.

— Hasta Stagg se habia dormido, dijo el largo compañero indicando con una inclinacion de cabeza á este personaje.

— Pero ya estoy despierto y en pié firme, dijo el ciego. ¿Qué quiere beber mi noble capitán? ¿Aguardiente ó ron? ¿Quereis pólvora mojada ó aceite hirviendo? Pedid lo que gustéis, corazon de roble, y os lo traeremos, aunque sea vino de las bodegas del obispo ú oro fundido de la casa de moneda.

— Pues bien, dijo Tappertit con aire allivo, dadme cualquiera cosa, pero que sea pronto, y traédmelo aunque sea de las bodegas del diablo.

— ¡Bravo, noble capitán! repuso el ciego. Habeis hablado como el rey de los aprendices. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡De las bodegas del diablo! ¡Soberbia ocurrencia! El capitán está de buen humor. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

— Eh, buen mozo, dijo Tappertit lanzando una mirada al huésped mientras este se dirigia hácia un reborde de la pared de donde sacó una botella y un vaso con tanta seguridad como si tuviese la vista de un linco; sabed que si seguís riendo así vereis que el capitán no es amigo de bromas. ¿Lo habeis oido?

— ¡Tiene los ojos clavados en mí! exclamó Stagg parándose de pronto en el momento en que volvia y haciendo ver que se tapaba la cara con la botella. Lo siento aunque no puedo verlos. Quitadlos, noble capitán, desviadlos, porque me penetran hasta el alma como barrenas.

Tappertit se sonrió mirando á su compañero, y dirigiendo sobre él otra mirada oblicua, una especie de dardo ocular bajo cuya influencia fingió el ciego sufrir una grande angustia, un verdadero tormento, le mandó con tono mas amable que se acercase y callara.

— Os obedezco, capitán, dijo Stagg acercándose y llenando el vaso sin derramar una gota á causa de que puso el dedo meñique en el borde del vaso, y se paró cuando le tocó el licor. Bebed, noble comandante. ¡Mueran todos los traidores! ¡vivan todos los aprendices y el amor á todas las niñas bellas! Bebed, bravo general, y reanimad vuestro corazon intrépido.

Tappertit se dignó tomar el vaso de la mano del ciego.

Stagg dobló entonces una rodilla y tocó suavemente las pantorrillas de su jefe con ademan de humilde admiracion.

— ¿Por qué no tengo ojos, exclamó, para ver las proporciones simétricas de mi capitán? ¿Por qué no tengo ojos para contemplar estas dos pantorrillas, fatales para la paz de las familias?

— ¡Dejadme! dijo Tappertit dirigiendo la mirada á sus queridas piernas. Dejadme en paz, Stagg.

— Cuando me toco las mias despues, dijo el huésped dándose palmadas en sus pantorrillas con aire de reproche, me son odiosas. Aunque sea mala la comparacion, mis piernas parecen de palo al lado de las bien torneadas de mi bravo capitán.

— ¡Las vuestras! exclamó Tappertit; lo creo muy bien. ¿Cómo os atreveis á comparar esos limpiadientes con mis piernas? Es casi una falta de respeto. Tomad el vaso. Benjamin, abre la marcha. ¡Manos á la obra!

Al pronunciar estas palabras se cruzó de brazos, y frunciendo las cejas con sombría majestad, siguió á su compañero al través de una pequeña puerta hácia el extremo superior de la bodega dejando á Stagg abismado en sus meditaciones personales.

La bodega donde entraron, cubierta de una capa de serrín y débilmente alumbrada, precedia á la que servia para el juego de bolos, como lo indicaban el ruido creciente y el clamor de las lenguas. Este ruido cesó sin embargo de pronto, y fué seguido de un profundo silencio á una señal del largo compañero. Este mozo se acercó entonces á un pequeño armario, del cual sacó un hueso fémur que en los siglos pasados debió ser parte integrante de algun individuo tan largo como él, y se lo entregó á Tappertit. Este recibió el hueso como un cetro ó un baston de general, tomó una actitud ferroz colocándose en el cogote su sombrero tricorno, y subió sobre una mesa donde le esperaba un sillón tétricamente adornado con un par de cráneos.

Apenas acababa de sentarse cuando apareció otro joven con un enorme libro cerrado con un broche debajo del brazo. Este personaje hizo al presidente un profundo saludo, entregó el libro al largo compañero, se acercó á la mesa, volvió la espalda, y doblando el cuerpo permaneció en la postura de Atlas.

El largo joven subió tambien entonces á la mesa, y sentándose en un sillón menos alto que el de Tappertit con mucha solemnidad y ceremonia, colocó el libro sobre los hombros de su mudo compañero, con tanta tranquilidad como si fuese un escritorio de madera, y se preparó á hacer algunos apuntes con una pluma de ganso.

Cuando el secretario terminó estos preparativos miró á Tappertit, y Tappertit haciendo el molinete con el hueso fémur, dió nueve golpes en uno de los cráneos. Al noveno golpe entró un joven por la puerta que conducia á la bodega de los bolos, y tras un profundo saludo, esperó las órdenes del jefe.

— Aprendiz, dijo el poderoso capitán, ¿quién espera?

El aprendiz respondió que un desconocido esperaba para solicitar su admisión en la sociedad secreta de los Caballeros aprendices y participar del libre uso de sus derechos, privilegios y franquicias.

Tappertit volvió á hacer el molinete con el hueso de la presidencia, y descargando un gran golpe en la nariz del segundo cráneo, gritó:

— ¡Que entre!

Al oír estas terribles palabras el aprendiz volvió á saludar y se retiró como había entrado.

Muy pronto aparecieron en la misma puerta otros dos aprendices llevando en medio un tercero con los ojos vendados. Llevaba una peluca muy rizada, casaca de anchas faldas guarnecida con galones deslustrados, y ceñía además espada, con arreglo á los estatutos de la orden que prescribían la introducción de los aspirantes y les obligaban á vestir este traje de corte y guardarlo constantemente en una arca con espliego para servirse de él en las sesiones. Uno de los padrinos del aspirante le apuntaba en la oreja con una alabarda oxidada, y el otro empuñaba un sable viejo con el cual al andar traspasaba en el aire enemigos imaginarios de una manera sangrienta y anatómica.

Mientras se acercaba este grupo silencioso, Tappertit se encasquetó el sombrero en la cabeza.

El aspirante se puso entonces la mano en el pecho y se inclinó; cuando se hubo humillado bastante, el capitán mandó que le quitasen el pañuelo que le tapaba los ojos y le hizo sufrir la prueba de su mirada. (Se continuará.)

Cárlos Hugo.

Días pasados leyeron á los cómicos del teatro de la Puerta de San Martín, un drama titulado: *los Misérables*, que Cárlos Hugo había compuesto con el argumento de la novela de su padre, y que se había ya representado en Bruselas, cuando el empresario muy conmovido aparece en la sala y dice á los artistas:

— Cárlos Hugo ha muerto.

¡Morir en la fuerza de la vida! ¡Morir, el sólido y robusto Cárlos Hugo que hemos visto hace tan pocos días en Burdeos rebosando salud! Parecía imposible, y sin embargo, la noticia era certísima.

Cárlos Hugo murió de repente en su coche, yendo á la fonda Lanta donde daba Victor Hugo una comida de despedida.

¡Comida de despedida! Siniestra ironía.

El cochero cuando abrió la portezuela no encontró mas que un cadáver, y fué preciso ir á decir al padre:

— ¡Tu hijo ya no existe!

Lo mismo le sucedió cuando la desgracia de su hija. Dos golpes de esta clase es horroroso.

Diríase que la suerte se complace en hacer expiar al hombre su genio acosándole con infortunios.

(1) O Dieu sombre d'un monde obscur!
J'eusse aimé mieux, loin de ta face,
Suivre, heureux, un étroit chemin,
Et n'être qu'un homme qui passe
Tenant son enfant par la main!

Con efecto, los mas ignorados y los mas humildes son los mas dichosos en ciertas horas de la vida. Pero cada cual debe llevar su cruz en este mundo.

Cárlos Hugo fué de los que la llevaron animosamente. Hombre de naturaleza expansiva, generosa y ardiente, hecho para ser feliz, soportó el destierro voluntario y fué siempre esclavo del *deber*, que tantos olvidan. Tenía talento y supo emplearlo bien; pues defendió como deben defenderse la libertad y la República, esto es, con la honradez y el entusiasmo. Era á la par ciudadano y artista como los republicanos de Atenas ó de Florencia. Cuando el pueblo de la isla de Jersey quiso degollar á los proscritos, diezmados ya por el destierro, Cárlos Hugo con un fusil en la mano y á la cabeza de un puñado de franceses, representaba el derecho amenazado por una horda de furiosos.

(1) ¡Oh, Dios sombrío de un mundo oscuro! — Habría preferido, lejos de tí, — Seguir dichoso un angosto sendero, — Y ser un hombre que pasa — Con su hijo de la mano.



Cárlos Hugo.

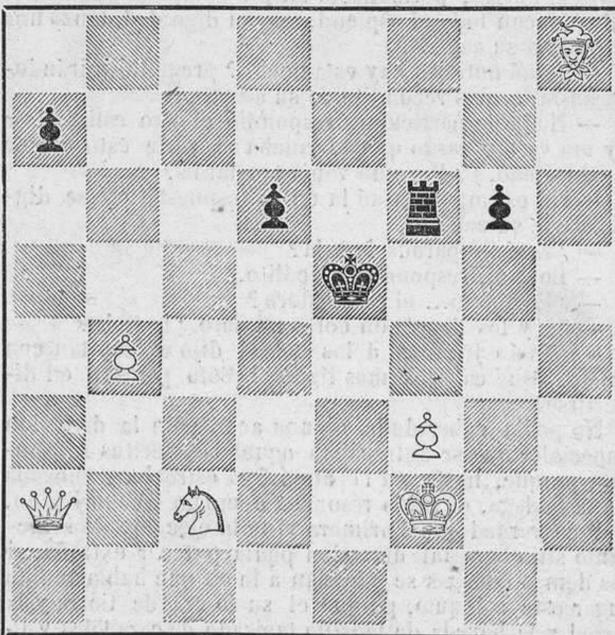
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 332

- | | | |
|---|-----------------------------|---------|
| 1 | A 5ª TRª | P 3ª Ra |
| 2 | A 8ª Ra | R 4ª Ra |
| 3 | A 6ª AR | R 3ª R |
| 4 | A 5ª R jaque | R 4ª Ra |
| 5 | C 4ª C Ra ó 7 R jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 333, POR M. P. T. DUFFY

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

En el *Evénement* demostró que era un excelente periodista. La madurez de la edad debía dar á su estilo y á sus ideas una nueva fuerza. Conozco de él dos obras muy notables; una novelita *la Tirelire de Thérèse*, libro conmovedor, sencillo, y otra obra extraña llena de imaginación, con pensamientos luminosos, poema mas que novela, *le Cochon de Saint-Antoine*. Al teatro dió una pieza en un acto, *Je l'aime*, que se representó con éxito en el Vaudeville; y despues publicó *Une famille tragique*, novela de un interés histórico singular, y *la Bohème dorée*; últimamente preparaba un tomo de recuerdos, *les Hommes de l'exil*.

Cárlos Hugo poseía menos que su hermano Francisco Victor, la ciencia profunda, la erudición paciente y al mismo tiempo la virilidad de estilo que se notan en la traducción de Shakespeare y en los estudios sobre la *Normandie incennue*; pero en cambio tenía lo que á este le falta, la originalidad y la invención de la forma. Los artículos del *Rappel*, de una novedad tan brillante, merecen sobrevivir á ese triunfo de un día que es ordinariamente la efímera recompensa del articulista de periódicos. No son *artículos*, sino *páginas*.

Era menester tratar á Cárlos Hugo para juzgarle bien. Alto, moreno, con sus grandes bigotes, sus ojos negros y expresivos, toda su fisonomía y su persona respiraban la simpatía. Se conocía que era hom-

bre de alma recta, de corazón lleno de respeto por su ilustre padre, y de cariño por la jóven y encantadora esposa que compartía con él las amarguras del destierro, y por las dos criaturas rosadas y risueñas que hacían la felicidad del matrimonio.

La última vez que yo ví á Cárlos Hugo fué en Burdeos; pero antes le había visto en una ocasión que no se borrará jamás de mi memoria.

Hace seis meses, el primer día de setiembre, estábamos juntos mirando con el anteojo á la frontera belga, cuando al entrar en Paliseul todos aquellos soldados haraposos y extraviados, tropa francesa arrojada por la derrota á tierra extraña, nos preguntamos:

— ¿Qué ha sido del ejército?

— En derrota, contestó un oficial.

— ¿Completamente?

— No, una de sus alas. Es derrota parcial.

Y Cárlos Hugo meneando la cabeza consternado y furioso á la vez exclamó diciendo:

— ¡Oh, no, eso es un desastre, es Waterloo!

Y señalaba á las tropas hambrientas que los soldados belgas daban de comer, aquellos turcos acurrucados en oscuros rincones, aquellos artilleros agitando en el crepúsculo de una tarde de verano, aquellos jinetes desmontados, aquellos infantes montados en caballos sin amo, aquellos oficiales desesperados, locos...

— No, no, repetía, es Waterloo.

Era Sedan.

No olvidaré nunca aquella dolorosa noche que pasamos en una posada de aldea atestada de fugitivos y de heridos. No olvidaré nunca aquel terrible cuadro, bajo un cielo irónicamente hermoso, aquellas caricias de la naturaleza y aquella matanza humana.

Cárlos Hugo fué recibido por el burgomaestre de Bouillon, y allí en aquel jardín magnífico, situados en el terrado, veíamos á los caballos franceses, flacos, descarnados, heridos, bebiendo el agua de un cristalino arroyo que pasa por las colinas cubiertas de frondosos abetos.

Cárlos Hugo pensativo seguía repitiendo:

— ¡Waterloo! ¡Waterloo!

Ignoraba que era un Waterloo sin la gloria suprema de la derrota y sin la dignidad en la desgracia.

Dos días despues Cárlos Hugo y su hermano tomaban el camino de Paris.

¿Quién nos habria dicho entonces que tan pronto y en tan terribles circunstancias dejaria de palpitar aquel corazón tan generoso?

¿Quién nos habria dicho que una vez levantado el sitio de Paris, Cárlos Hugo moriria en Burdeos dentro de un carruaje de alquiler, á consecuencia de las penalidades sufridas en el sitio de Paris?

¿Quién nos habria dicho que Victor Hugo á la vuelta de su destierro, vendria á Francia para depositar el cuerpo de su hijo en el féretro del general Hugo?

¿Quién nos habria dicho que le esperaba aquí al poeta su postrer deber terrible, repentino, injusto?

Pero la desgracia es ciega y hiere incesantemente. ¡Pobre Cárlos Hugo!

J. C.